

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LOS AMIGOS...

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N 9.
1862.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin dela novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chincho[n]
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españ[oles]
Los dos inseparables.
La pesadilla de un case[ro]
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el B[ravo]
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernan[do]
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos
La escuela de los perdid[os]
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Carid[ad]
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (al
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

LOS AMIGOS...





LOS AMIGOS...

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

POR

D. MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

Representada por primera vez con extraordinario aplauso en el teatro del Príncipe el 25 de Enero de 1862.





MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1862.

PERSONAS.	ACTORES.
MATILDE................	DOÑA MARIA TORAL.
EMILIA.................	DOÑA N. TORAL.
EUFEMIA................	DOÑA BALBINA VALVERDE.
JUANA..................	DOÑA N. MARTINEZ.
D. PEDRO DE MENDOZA..	D. PEDRO DELGADO.
SANABRIA...............	D. ANTONIO PIZARROSO.
D. CÁNDIDO.............	D. MARIANO FERNANDEZ.
FEDERICO...............	D. JUAN CASAÑER.
RODRIGUEZ..............	D. JOSÉ ALISEDO.
JULIAN.................	D. N. VEGA.
UN JARDINERO..........	

La accion pasa en una quinta en Carabanchel.

NOTA. Esta comedia es una imitacion de la que en cuatro actos y con el título de *Nos intimes* ha escrito Mr. Sardou.

ACTO PRIMERO.

Sala baja de verano con puertas grandes en el fondo, que dan á un jardin practicable. Á la izquierda, en primer término, la puerta que comunica con la casa: en el fondo un velador, sobre el cual se ve un vaso en un plato. Á la derecha un sofá de caña amarilla, una mesa, encima de la cual hay un cesto de costura y un libro. En segundo término una consola, y sobre ella un sombrero de paja y un abanico. En el fondo varias hileras de macetas con flores.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA, JUANA: ambas aparecen regando macetas de claveles.

EMILIA. No dirá mamá que no cuidamos sus claveles...

JUANA. Ayer los vió fuera de esta sala y se puso mas furiosa... Es delirio el que tiene por las flores...

EMILIA. Le recuerdan su pais. Allí son tan hermosas... (Con alegria.) Qué sorpresa le va á causar verlos todos regados!

JUANA. ¡Jesus! cuánto la quiere usted...

EMILIA. ¿Y eso te extraña?...

JUANA. Ya lo creo.

EMILIA. ¿Por qué?

JUANA. Porque si fuera su mamá de usted nada mas natural; pero como se trata de una madrastra...

EMILIA. Es verdad; pero yo era tan niña cuando perdí á mi mamá que no me ha costado trabajo quererla... No creas tú por eso que yo he olvidado la memoria de mi po-

brecita madre; pero con el tiempo es posible que llegue á querer á la nueva como si no hubiera conocido otra en mi vida.

JUANA. Yo le respondo á usted de que no será asi...

EMILIA. ¡Bah! No sé por qué...

JUANA. Porque la lleva á usted solamente diez años. Á una madre tan jóven no puede gustarle mucho una hija que parece su hermana... La señora tiene todavia pretensiones...

EMILIA. Es tan bella...

JUANA. Las americanas... ¿No es de la Habana?...

EMILIA. Sí.

JUANA. Me lo ha contado Antonio. Me ha dicho que ha sido muy rica; pero que estaba ya muy pobre cuando se casó con el señor, que habia hecho una gran fortuna; pero que la llevaba bastantes años. (Suspirando.) (¡Ay! yo hubiera hecho lo mismo.)

EMILIA. (Dejando de regar.) Bien se conoce que se ha criado en la riqueza... ¡Qué buen gusto!... ¡qué maneras!...

JUANA. (Dejando su regadera.) ¿Hemos concluido ya, señorita?

EMILIA. Ya. (Avanzando un poco al fondo.) Qué bonita vista presenta Carabanchel de abajo mirado desde aqui.

JUANA. (Con malicia.) Sobre todo un poco á la izquierda, hácia donde cae la casa del señor Mendoza, el médico, ¿no es verdad?

EMILIA. (Un poco turbada.) Sí.

JUANA. Desde aqui se ve.

EMILIA. Y me extraña que tarde hoy tanto... (Reprimiéndose.) Lo digo por nuestro pobre enfermo...

JUANA. ¡Oh! ya lo comprendo. Pero puede usted estar tranquila por el enfermo. La señora cuida de él... Fué buena idea la del señorito Federico de ponerse malo en casa.

EMILIA. ¡Idea! ¡Pobre jóven! El mal le acometió tan de repente. Papá le habia convidado á pasar unos dias aqui para que se distrajera de sus penas... Pero al dia siguiente de su llegada, cuando ibamos á almorzar, se puso tan pálido y se desmayó de un modo... Tú fuiste á buscar al médico corriendo... Y gracias á que encontraste en el camino al señor de Mendoza...

JUANA. (Con intencion.) Ese médico de tanto talento... muy amigo de su papá de usted...

EMILIA. Y antiguo conocido de Federico. Asi es que apenas le

vió... comprendió su mal... Le encontró con fiebre y le obligó á guardar cama...

JUANA. Pero la enfermedad no debe ser muy grave, porque hasta ahora no le ha recetado... nada.

EMILIA. Como es homeópata...

JUANA. Y qué conversacion tiene ese señor... Yo me quedo oyéndole...

EMILIA. ¡Calla! Mamá... (Se coloca de manera que cubra las macetas.)

ESCENA II.

DICHAS, MATILDE.

MAT. (Entrando por el fondo con un bordado de tapiceria en la mano.) ¿Qué has regado?

EMILIA. Todos tus claveles. Míralos. (Se separa.)

MAT. (Con indiferencia.) No quiero verlos.

EMILIA. (Desconcertada.) ¡Y yo los he regado con tanta prisa para sorprenderte!...

MAT. ¿De veras? Ven acá. ¿Sabes que estás hoy muy linda? (La besa.) ¿No has visto á Federico por ahí?...

EMILIA. Creo que está con papá.

MAT. ¡Trabajando en la huerta!... No puede ser. Juana, mira si el señorito Federíco está en casa.

JUANA. (¡Qué poco me gusta á mí este señorito Federico!) (Entra en la casa.)

ESCENA III.

MATILDE, EMILIA.

MAT. (Sentándose en el sofá con languidez.) ¡Uf! ¡Qué calor! ¡No tengo gusto para nada!...

EMILIA. (Chanceándose.) ¡Ah! ¡ah! ¿has desenterrado las zapatillas que comenzaste el año pasado para papá?

MAT. ¡Burlona! Qué manera de llamarme perezosa.

EMILIA. (Pasando por detras del sofá para sentarse.) Muy aburrida debes estar cuando has vuelto á cogerlas.

MAT. (Con languidez.) ¿Tú estás muy divertida?...

EMILIA. (Sentándose á sus pies como una niña.) Pues ya lo creo.

MAT. ¡Dichosa criatura! Á tu edad no habia tampoco para mí otro mundo que mis pájaros y mis flores. ¡Qué de sue-

ños en mi pobre cabeza!... ¡Cuántos viajes al pais de las ilusiones!... Se anda... se anda... y cuando se llega... el encanto desaparece.

EMILIA. ¡Dices eso de un modo!...

MAT. (Tomando su bordado.) No hagas caso. Soy una loca.

EMILIA. Ya vas á mudar de conversacion. Tú crees que yo me aburriré tambien mas adelante...

MAT. Yo no he dicho...

EMILIA. ¿Cuando esté casada?...

MAT. Eso dependerá...

EMILIA. ¿De qué?

MAT. Y bien, de todo... de tu carácter... ¡Jesus! qué cosas me haces decir, criatura.

EMILIA. (Levantándose.) ¡Ah! si no depende mas que del carácter... estoy tranquila. Mientras yo tenga un jardin donde haya muchas flores... muchas...

MAT. Siempre con tus flores...

EMILIA. ¿Quieres que salgamos á dar un paseo?... ¡Mira qué campo!

MAT. El mismo de todos los dias.

EMILIA. ¿Vamos á los estanques?...

MAT. ¡El agua muerta!...

EMILIA. ¿Te leo algo? Aqui hay un libro de papá... (Tomando el libro.)

MAT. No...

EMILIA. Mamá, sabes que es imposible distraerte cuando... ¿Qué tienes hoy? (Acercándose.) ¿Qué es lo que echas de menos?

MAT. ¿Qué es lo que?... ¡Qué pregunta! (Cambiando de tono.) ¿Qué es lo que echo de menos?... Lana azul para las zapatillas de tu papá.

EMILIA. ¡Ah! ¡aqui está!

MAT. ¿Federico?

EMILIA. No... papá. (Corre hácia él.)

ESCENA IV.

DICHAS, D. CÁNDIDO.

D. Cándido en traje un poco ridículo de verano, sombrero de paja, un escardillo en una mano y una cebolleta de dália en la otra.

CAND. Buenos dias, niñas. Aqui teneis á vuestro jardinero.

MAT. ¡Oh! cómo vienes...

CAND. (Con placer.) Como debe venir un hombre dedicado al cultivo de la naturaleza. Es decir, como agricultor hermoso. (Con énfasis.) Los primores del tocador son indignos de un hombre que está cumpliendo una mision solemne. La tierra está falta de brazos. Todos los vecinos del pueblo se hallan entregados á las rudas faenas de la siega. ¿Qué seria de nuestros jardines de Carabanchel si los ilustres hijos de la córte no viniesemos en esta ocasion terrible á hacer andar las norias y á trabajar con los escardillos? (Acompaña su discurso con cómicos ademanes.)

MAT. ¡Qué mania!

EMILIA. ¡Papá, estás lleno de plumas! ¿De dónde sales?

CAND. Hija mia... del gallinero.

MAT. ¡Qué horror!

CAND. Hace cuatro dias que le ando siguiendo la pista á un maldito bicho, zorro ó garduño, que vá á acabar con todos mis pollos de Cochinchina. Dos horas he estado en acecho... él caerá... No creas que por eso me olvido de tus flores. Aqui tienes una nueva simiente de dália... Con ella y ciertos experimentos que me reservo, espero producir una especie no conocida, y á la que llamaré en obsequio á tu nombre, la dália Matilde.

MAT. Mi nombre vá á servir...

CAND. Si no obtengo tu autorizacion, la pondré mi apellido. La dália Perez de Sanchez. ¡Oh, cómo vá á rabiar mi vecino don Natalio! El dueño del jardin inmediato.

MAT. ¿Tambien él tiene pretensiones?...

CAND. Está muerto de envidia, y se desahoga arrojándome de vez en cuando alguna raiz de lechuga, que yo le devuelvo en seguida, y que él me repite, y que yo le retorno, y que él me reenvia, y que yo le remando, lo que nos

hace pasar horas enteras en un fuego graneado. ¡Esta mañana hemos tenido un tiroteo!... Pero estoy ya cansado y quiero saber con qué derecho... Federico, como estudiante de leyes, me dirá... Deseo consultarle... ¿Dónde está?... ¡Federico!

MAT. (Levantándose) Pero si yo creia que estaba contigo...

CAND. No... ¿Á que ha hecho la locura de salir con este sol?

JUANA. (Desde la puerta.) No está en casa... (Se retira.)

CAND. ¡Un muchacho que está convaleciente!... ¡Si tiene una cabeza!... Es un niño... Estoy seguro que ni siquiera ha tomado la precaucion de sacar sombrero de paja.

EMILIA. Pero Dios mio, aunque se haya paseado un poco al sol...

MAT. (Impaciente mira al jardin.) ¡Qué imprudencia!

CAND. Cuando Mendoza se lo ha prohibido...

MAT. No, papá, si le ha dicho que salga...

CAND. ¡Es posible!... Ese médico es un loco.

MAT. ¡Un loco!...

CAND. ¡Eh! siempre con su manía de mirar la cabeza y la cara de todo el mundo para adivinar su carácter por la echura de su nariz... Con su sistema de que los hombres hemos empezado por ser legumbres, y despues perros... gatos... cigüeñas... burros... y toda clase de animales.

EMILIA. Pero papá, es un hombre que sabe...

CAND. ¡Hum! observo que tomas siempre su defensa... Y á propósito, sospecho que sus frecuentes visitas son mas por tí que por el enfermo... El dia menos pensado me pide tu mano... (Movimiento de Emilia.) que yo le negaré, porque ese sábio no me gusta, no es mi amigo.

EMILIA. Papá, yo te aseguro que le juzgas... (Matilde, que andaba por el foro inquieta, se acerca y oye las últimas frases.)

CAND. Lo dicho; no me gusta, y en fin, ¡tiene diez años mas que tú.

EMILIA. Tú tienes quince mas que mamá... (Matilde la toma la mano y la impone silencio.)

CAND. ¡Oh! yo es diferente... porque yo... en fin... yo... Tú no puedes comprender...¡

EMILIA. Pero papá...

CAND. (Reparando en el sombrero que está sobre la consola.) ¡Calla! ¡El sombrero de Federico! Vá á coger un tabardillo... Corro á buscarle... ¡Federico! ¡Federico!... (Llamando. Sale por el fondo.)

ESCENA V.

EMILIA, MATILDE.

MAT. Tu padre tiene razon; pareces una niña al lado de Mendoza:

EMILIA. Pero mamá, qué importa eso si yo espero ser feliz con él?

MAT. No lo serás, créeme.

EMILIA. ¿Y cómo no, amándole como le amo?

MAT. Ya te convencerás de que no le amas bastante...

EMILIA. ¿Pero... no amas tú á papá?

MAT. ¡Qué salida! Eres una niña, y no se puede discutir contigo.

EMILIA. (Pues si creen que yo voy á ceder...) Aqui está ya Federico.

MAT. ¡Federico!

EMILIA. ¡Pobre jóven! Parece al verle que apenas puede sostenerse en pie.

MAT. No... ¡Si está mucho mejor!

ESCENA VI.

DICHAS, FEDERICO.

FED. (Fumando y arrojando el humo con un aire de perfecta beatitud.) ¡Buf... buf... buf!...

MAT. (Con sorpresa.) ¡Viene fumando!...

FED. (Reparando.) ¡Eh!...

EMILIA. ¿Fuma usted ya?...

FED. (Con embarazo.) ¡Perdon!... No lo habia reparado...

MAT. ¡Un cigarro!...

FED. Es un ensayo para ver cómo sigo.

MAT. ¿Un ensayo?

FED. Sí, señora... El humo del tabaco es generalmente insoportable para los enfermos... He querido ver si fumaba con placer.

MAT. ¿Y bien?...

FED. Fumo con placer.

MAT. Pase por el ensayo... pero salir al sol...

FED. Es verdad, no debiera haberme separado de usted. (Pasa

á la derecha y arroja su cigarro.)

EMILIA. Y papá, que anda buscándole por el jardin.

MAT. ¡Oh! qué arrebatado está usted... Le voy á reñir... y mucho. Siéntese usted. (Federico se sienta en el sofá.)

EMILIA. ¡Pobre papá! Con este calor...

MAT. (Creyendo que se refiere á Federico.) Es lo que yo digo, con este calor... Á que tiene usted sed.

FED. Si... en efecto...

MAT. Emilia, trae... allí sobre el velador...

EMILIA. Si... ya veo... (Federico vá á levantarse.)

MAT. No, no se mueva usted. Le prohibo á usted beber de repente... Voy á preparar el refresco.

EMILIA. (Dándole el plato.) Voy á avisar á papá...

MAT. (Poniendo el plato sobre la mesa.) ¿Para qué? (Á Federico.) Supongo que no tiene usted nada que hablar...

FED. Absolutamente nada.

MAT. Ya lo ves.

EMILIA. Entonces voy á ver mis pájaros. (Entra en la casa.)

ESCENA VII

MATILDE, FEDERICO.

MAT. ¿Cómo se encuentra usted?

FED. Un poco fatigado.

MAT. Vamos, se ha empeñado usted en no hacer mas que su voluntad.

FED. Señora, no sé cómo expresar á usted mi reconocimiento por sus adorables cuidados.

MAT. (Poniendo el azúcar.) ¡Bah! No hablemos de eso.

FED. Al contrario, hablemos siempre... ¡Qué prevision tan delicada!... Usted es quien me ha curado.

MAT. Con la ayuda del médico.

FED. No, señora, el médico no ha hecho nada... Su influencia de usted es la que me ha salvado. (Matilde coge el azucarillo y echa el agua en el vaso.) ¡Ah! aniquilado por la fiebre, con los ojos cerrados, yo la oia á usted ir y venir sin producir otro ruido que el de la cuchara en la taza y el crugir de su vestido... ¡Oh! cuando usted me decia bajito... tan dulcemente... «¿Cómo está usted?... ¿Tiene sed?...» yo me levantaba para beber ese caldo insípido... pero su presencia, el sonido de su voz, me traian con él

la salud y la vida.

MAT. (Meneando con la cuchara.) Vamos, es usted un niño. ¿Está usted mejor?...

FED. (Abanicándose con el pañuelo.) Un poquito...

MAT. ¿Tiene usted calor todavia? Aqui hay un abanico. (Vá á la consola y vuelve con el abanico.) Si tuviese usted una recaida...

FED. ¡Ah! ojalá...

MAT. ¿Ojalá? ¡Qué es lo que usted dice!...

FED. Asi volveria usted á cuidarme ..

MAT. Pero... pero... ¿quiere usted no decir semejantes disparates?

FED. ¡Ah! no me arranque usted, despues de haberme salvado, la única alegria que me queda... la gratitud, ese placer del alma.

MAT. Pero es una gratitud tan exagerada...

FED. (Tomando el abanico de manera que roza la mano de Matilde.) ¿Y eso qué importa?

MAT. (Retirando su mano.) Tiene usted fiebre aun...

FED. Puede ser ..

MAT. ¡Oh! no hay duda... Le dura á usted la agitacion todavia... (Vuelve á la mesa.)

FED. ¡Siempre!...

MAT. Usted tiene la culpa.

FED. ¡Yo!...

MAT. Fumar y salir asi... Necesita usted mucha calma, mucho reposo... Comprendo bien que haya usted caido enfermo de pena.

FED. ¿Usted sabe?...

MAT. (Acabando de hacer el limon.) Un poco... Cándido es muy discreto... pero he oido hablar de un rompimiento... de un amor desgraciado... En fin, una cosa asi... ¿Quiere usted mas azúcar?

FED. No, señora. Decia usted que un amor...

MAT. No, mi marido es quien lo dice...

FED. Si, señora, he amado...

MAT. (Vivamente.) Yo no lo pregunto...

FED. ¡He amado como un loco!... ¡Oh! ¡lo que he sufrido!... Una criatura indigna... vulgar... despues de haberla sacrificado todo... Jamás un pensamiento que fuera eco del mio... jamás esa armonia... esa fusion de las almas, sin la cual, como usted sabe, no hay amor, no hay

dicha.

MAT. ¡Es verdad!

FED. ¡Ah! ¡usted tambien lo confiesa!...

MAT. (*Un poco turbada*) No.... eso dicen...

FED. (*Apoyándose en el velador, y mirándola con ternura.*) ¿De veras? ¿Usted no ha experimentado?

MAT. ¡Jesus! Es usted peligroso... Interpreta usted de un modo las palabras que se escapan...

FED. (*Sin mirarla.*) Es que hay cosas que se explican tan fácilmente... Hay tanta diferencia entre usted y él... Ya sabe usted de quién hablo?...

MAT. ¿De mi marido? Si es el mejor de los hombres...

FED. Si, muy bueno... ¿Á quién se lo dice usted?... Yo soy el primero que lo conozco... yo que soy su amigo...

MAT. ¡Oh! Usted es muy jóven y se consolará pronto de sus penas.

FED. Solo, sin amigos que me aconsejen y me alienten.

MAT. ¿No tiene usted á mi marido?

FED. (*Con calor.*) Hay heridas para las que la mano del hombre es demasiado pesada... Solo la amistad de usted podria hacerme olvidar ese amor. Yo no tengo madre ni hermana... Solo una amiga podria... Un pobre enfermo como yo necesita una hermana de la caridad como usted!...

MAT. Como yo...

FED. (*Con las manos cruzadas.*) ¡Qué mal hay en ello!...

MAT. Yo no digo... Si se trata de consolar á usted como una hermana mayor... siempre que usted me escuche como un hermano pequeño... Si á fuerza de consejos puedo curar esa enfermedad del alma como la otra... esa es una buena obra.

FED. Cierto...

MAT. Yo no creo que eso... porque en fin, no es mas que amistad... una amistad verdadera...

FED. (*La tiende la mano.*) Verdadera. En la que no haya nada que no nos podamos confesar.

MAT. (*Retirando su mano.*) ¡Oh!

FED. Podemos hablar de todo... ¡Estamos tan distantes!..

MAT. Es verdad... tan distantes...

JUANA. (*Entrando.*) Señorito Federico!...

MEND. (*Entrando.*) ¡Bien, bien!

FED. (¿Quién será?) ¡Ah! (*Haciendo que se desmaya.*)

MAT. ¿Qué es eso?

FED. (Bajo.) Nada... la felicidad... la alegria... (Se deja caer en el sofá.)

MAT. Dios mio, que se desmaya... ¡Juana!

ESCENA VIII.

DICHOS, MENDOZA.

MEND. (Avanzando.) ¿Qué es eso? ¿qué ocurrè?

MAT. ¡Ah! corra usted, Mendoza.

MEND. ¡Ah, ah! ¡Se ha desmayado el pícarò!

FED. (Suspira.) Matilde, ¿no oye usted?

MEND. (Escribiendo en una hoja de su cartera y arrancándola.) Perfectamente. ¿Quiere usted hacer el favor de enviar á mi casa ese papel para que mi criado entregue un frasquito?

MAT. En seguida... (Muy conmovida.) ¡Ah! el calor...Ya vé usted, no vuelve.

MEND. Él volverá... Un frasquito de cristal.

MAT. Si, si. ¡Cosa mas extraña! Estabamos hablando... ¿Pero no será nada?...

MEND. Nada... sobre mi mesa...

MAT. Vuelvo al momento.

ESCENA IX.

FEDERICO, MENDOZA.

MEND. (Tomando el vaso de limon.) Vamos, hazme el favor de abrir el ojo derecho... (Bebe.) Y despues el izquierdo... (Bebe.) Y luego ponte de pié.

FED. (Abriendo los ojos.) Mendoza, yo te aseguro...

MEND. Mira que si no te tiro de las orejas, tunante. (Pasa por detrás.)

FED. (Dando un salto.) ¡Eh!

MEND. ¡Qué pronto has obedecido!

FED. ¡Infame médico! Contigo no puede uno tener el placer de ponerse malo... (Mendoza sin contestarle se cala los lentes y le mira con intencion.) ¡El sol! cuando uno sale de una enfermedad... Y bien, ¿por qué me miras asi? ¿No he estado enfermo?

MEND. (Con el mismo juego.) Sí... sí...

FED. Ha sido un verdadero desmayo, palabra de honor. ¿No has sido tú testigo de ese frio glacial que me entraba todos los dias al sentarme á la mesa?... Una calentura de desesperacion, de amor.

MEND. Sí... Una terciana amorosa.

FED. ¿Te burlas? Una afeccion del alma, causada por una traicion...

MEND. Una terciana de la especie mas benigna, adquirida en el Manzanares pescando con caña.

FED. ¡Vete al diablo!

MEND. Califico tu enfermedad. (Pasando á la izquierda.) Federico, tú eres un tunante... pero tienes un defecto, hijo mio... y es el de tomar á tu amigo Mendoza por un animal... Es cierto que yo lo he sido... pero en otra época, en una vida anterior... como todos los hombres.

FED. ¡Bah! Ya salió aquello!...

MEND. Pero de mi antigua existencia, no ha quedado una sola huella en mi individuo presente, y te desafío á que despues de examinar mi cabeza me digas qué clase de animal he podido ser.

FED. En otra época no sé; pero hoy...

MEND. (Cogiéndole la cabeza y poniéndosela de perfil.) Mientras que á una mirada inteligente le basta ver este cráneo pronunciado en su occipital, estos ojos vivos y redondos, esta nariz desenvuelta en forma de pico de loro, para descubrir en tu humanidad presente todos los caractéres de tu animalidad pasada.

FED. ¡Já, já! deseo saber qué he sido yo antes...

MEND. Pájaro. Tú has sido cuclillo.

FED. ¡Cuclillo!

MEND. Un pájaro holgazan... descarado... pillo...

FED. Gracias.

MEND. Un pájaro que tiene una costumbre infame.

FED. ¿Cuál?

MEND. La de ingerirse siempre en el nido de otro. (Señala al techo con su baston.)

FED. ¡Mendoza!

MEND. ¡Ah, ah! he adivinado tu instinto.

FED. No sé lo que quieres decir con tu cuclillo.

MEND. Es que tú no conoces la historia de tus antepasados... En esta misma casa habrá nidos de golondrinas y po-

drás observar sus costumbres... El cuclillo se presenta siempre en el nido ajeno fingiéndose enfermo... lánguido... Casi siempre es bien recibido... se le dá asiento á la mesa... se le sirve el grano mas delicado... y él con las lágrimas en los ojos cuenta sus desventuras... Las golondrinas tienen buen corazon y le escuchan enternecidas... El tunante sigue llorando y se enjuga los ojos con las garras de su patita izquierda... Las lágrimas continuan y se las limpia con la punta del ala... y cuando ya ha extendido el ala... y la pata... y el pico... el traidor se desmaya haciéndose el moribundo.

FED. (Que le ha escuchado volviéndole la espalda.) ¡Ah! te estás burlando de mí... inicuamente.

MEND. No, hijo, no he hecho mas que contarte la historia de uno de tus abuelos.

FED. ¿Pero adónde vas á parar con esos cuentos? ¡Ah! conozco tu juego... ¿Quieres saber? .. Pero no lo sabrás, porque no hay nada.

MEND. No necesito que tú me lo digas. Tu cara me lo revela todo. No he necesitado mas que verte para adivinar...

FED. Tu malicia es la que te hace sospechar... y algun chisme que te habrán contado... La envidia de las atenciones que merezco...

MEND. ¡Bah, bah!... Adelantado estaria yo en mis estudios sobre las pasiones, explicadas por la fisonomia, si necesitase preguntar como cualquiera... El médico es una especie de confesor á quien se le revela todo. Mientras el enfermo charla y charla, el médico examina la lengua... le mira los ojos... le palpa en el pecho... le hace tres preguntas, y si no es un topo, debajo de la dolencia física encuentra la causa moral que la ha producido.

FED. (Con ironia.) ¿De veras?

MEND. Y á propósito; dame el pulso y te diré en qué período te hallas... (Le pulsa.)

FED. ¿En cuál?

MEND. En el segundo.

FED. ¿Tan pronto?

MEND. Tan pronto. Primer período, ó período simpático: miradas dulces, apretones de manos al saludarse, ligeramente prolongados... Segundo período, ó período magnético: miradas mas profundas... actitudes pensativas...

apretones de manos un poco mas duraderos... juramentos solemnes de afecciones desinteresadas... «Yo seré su hermano; si, yo seré su hermana.» Abuso de la palabra amistad... amigo... amigable... para preparar el camino á otra mas íntima, mas subversiva, mas infame. ¿No es verdad?

FED. ¡Tú eres el diablo! Y el tercer período, ¿me quieres decir?...

MEND. Yo te respondo de que no entrarás en él. Yo velo por Matilde. ¡Picaruelo! Yo te conocí en el paraiso terrestre. Entonces eras serpiente y cogias manzanas para Matilde, que era Eva... yo era mosquito y le picaba en la nariz á Cándido, que era Adan, y roncaba á pierna suelta. Él es el único que no ha cambiado; sigue roncando el animal.

ESCENA X.

DICHOS, MATILDE.

MAT. (Con un frasquito en la mano.) ¡Ah! yo est y aquí...

FED. ¡Oh! muchas gracias...

MAT. He estado á punto de ir yo misma. Estos criados son tan torpes...

MEND. (Tomando el frasco.) Perfectamente.

ESCENA XI.

DICHOS, EMILIA, que sale de la casa.

MEND. Un poco de agua, señora. (Se dirige á la mesa y prepara el medicamento.)

EMILIA. (Mientras que Federico y Matilde hablan por lo bajo.) No pida usted hoy mi mano á papá. Dirá que no.

MEND. (Bajo.) ¡Hola!

EMILIA. Y mamá tambien.

MEND. (Bajo.) ¿Mamá tambien? ¿Y por qué?

EMILIA. (El mismo juego.) Porque papá dice que usted no es su amigo.

MEND. ¡Ah! ¡que no soy!... El único que tiene. Pues veremos quien cede... Soy terco...

EMILIA. Y yo tambien.

MAT. ¿Qué decia usted, Mendoza?...

MEND. (Vertiendo agua en la cuchara y luego en el vaso.) Nada, estoy contando...

MAT. (Con misterio.) ¡Chits!... Está contando. (Federico y Matilde le miran en silencio.)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, D. CÁNDIDO.

CAND. (Entrando muy sofocado.) No le he podido encontrar... ¡Calla! está aquí.

FED. (Haciéndole señal de que calle.) ¡Chits!...

CAND. ¿Qué? Pero dónde te has metido?

MAT. (Señalándole á Mendoza.) ¡Chits!... Está contando.

CAND. ¡Contando!...

MEND. Una cucharada de hora en hora.

MAT. (Tomando el vaso.) Está bien.

MEND. (Bajo á Federico.) ¡Agua clara, miserable! Es todo lo que necesitas.

FED. ¡Tus glóbulos!... (Matilde remueve el agua.)

CAND. ¿Cómo le encuentra usted? (Ap á Mendoza.)

MEND. Un poco agitado.

CAND. Es natural.

MEND. ¡La sobrescitacion!... ¡Ideas!... ¡ideas!...

CAND. ¡Ah! comprendo...

MEND. Conviene que le haga usted dar grandes paseos.

CAND. ¡Grandes paseos!...

MEND. Lejos... muy lejos... Y sobre todo no le deje usted nunca solo. Nunca solo.

CAND. Puede usted estar tranquilo. Le acompaña siempre mi mujer.

MEND. ¡Ah! entonces... (Estrechándole la mano.) Estoy tranquilo. (Toma el baston y el sombrero.)

CAND. (No me gusta este hombre... Pero le convidaré á comer por si ocurre algun accidente.)

MEND. (Saludando.) Señora...

CAND. ¿Pero adónde vá usted, Mendoza? Hoy come usted con nosotros... Espero que...

MEND. Perdone usted, pero...

EMILIA. (Rápidamente.) Acepte usted.

CAND. Será usted capaz de...

MEND. (Mirando á Emilia.) Vamos, me quedaré.
EMILIA. Voy entonces á decir... (Váse por la derecha.)

ESCENA XIII.

DICHOS, menos EMILIA.

CAND. (Con alegria.) Hoy espero convidados...
MAT. ¡Cómo! Y no me has dicho...
CAND. Es una sorpresa que te preparo...
MAT. Me dejaré sorprender... (Se dirige un poco al fondo; Federico la sigue, y toma un periódico acercándose con disimulo.)
CAND. (Á Mendoza.) El caso es que espero y no espero... Figúrese usted que tengo varias habitaciones desocupadas y dispuestas para amigos... Una empapelada de verde, otra de azul, otra amarilla... Yo no puedo vivir sin amigos... Necesito que me rodeen... caras alegres... gentes de confianza...
MEND. (Mirando á Matilde y Federico.) Sí, comprendo... como Federico...
CAND. Pero ese no me basta... El pobre chico cayó enfermo y anda como usted vé... (Mendoza sigue muy preocupado.) ¿Qué mira usted?
MEND. (Arreglándose el lazo.) Nada... este lazo...
CAND. (Arreglándosele.) Permítame usted... Las habitaciones vacias se parecen á las niñas que esperan novio... No... la comparacion no es buena...
MEND. Es verdad...
CAND. Con que yo me dije ayer, es preciso llenarlas... Tomé el coche y me planté en Madrid, y á cada amigo que me fuí encontrando le dije... «Hombre, venga e usted mañana á pasar unos dias á mi quinta de Carabanchel.»
MEND. ¡Caramba! pero eso... (Sin escucharle.)
CAND. Me encontré á varios y todos me ofrecieron venir... Sanabria, un coronel compañero de armas. Lopez, un amigo que tuve en los baños. (Matilde y Federico hablan.) Rodriguez, un condiscípulo y su mujer á quien apenas conozco. Suarez, un amigo de caza... no, de pesca.
MEND. (Siempre mirando.) Si... si...
CAND. Palacios... un compañero de viaje... Calzada, un conocido de la Bolsa... Sanchez...
MEND. ¡Demonio! ¿cuántos amigos tiene usted?

CAND. Todos esos y muchos mas.

MEND. (Alto y para interrumpir á Federico.) Sin contar á Federico. (Federico se acerca al oir su nombre.)

CAND. Como ese hay pocos.

MEND. (Este hombre debe haber sido alcornoque.)

CAND. (Dándole golpecitos en la cabeza.) Hijo de un antiguo camarada... Un tunante á quien he visto nacer... ¡Oh! estoy muy relacionado... En cuanto veo á una persona dos ó tres veces... ¿Usted no tiene amigos?

MEND. No, señor.

FED. Un hombre á quien no se le conoce mas amigo que yo.

MEND. Y todavia...

MAT. (Que se ha acercado tambien.) Ni un amigo...

MEND. No he encontrado ninguno digno de ese nombre... Á su esposo de usted le gusta la cantidad... yo prefiero la calidad... Me basta con uno que lo sea de veras.

MAT. Es usted bien difícil.

MEND. Señora, ¿ha leido usted las fábulas de Fedro?

MAT. No.

MEND. Hay entre ellas una que se titula: «El raton y sus amigos.»

CAND. El raton y sus amigos!

MEND. Perdone usted. El fabulista se propone examinar esta cuestion delicada. Todas las gentes que entran en nuestra casa y se sientan á nuestra mesa, ¿son nuestros amigos ó nuestros enemigos?

CAND. Oigamos la fábula.

MEND. Pues señor, habia en Corinto un raton que daba á todo el mundo las llaves de su corazon y de su despensa... y que tenia muchos amigos... muchos...

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, JUANA.

JUANA. Un amigo del señor, que acaba de llegar de Madrid.

CAND. (Con alegria.) ¡Un amigo!

JUANA. ¡Con su señora! Aquí estan. (Entran por el fondo.)

ESCENA XV.

LOS MISMOS, RODRIGUEZ, DOÑA EUFEMIA.

CAND. ¡Ah! mi condiscípulo Rodriguez y su mujer.

ROD. Somos nosotros. Dame una peseta para pagar á este mozo. (El mozo espera en la puerta con los sacos de noche.)

CAND. Que le pague Juana. ¡Ah! cuánto te agradezco que hayas aceptado mi invitacion.

EUF. Es preciso venir á casa de los amigos para poder respirar... Como nosotros no tenemos casa de campo... (Con envidia.)

MAT. (Á Eufemia.) Señora, nos ha dispensado usted la honra...

EUF. Usted cada vez mas bella... mas jóven... (¿Qué hará esta mujer para ocultar sus treinta y seis?) (La abraza y la besa.)

ROD. (Mirando á todas partes.) ¡Qué lujo!... ¡Caramba!...

CAND. (Á Mendoza.) Presento á usted á mi amigo Rodriguez, mi compañero de colegio, donde estudiamos juntos...

ROD. Es decir, donde yo estudié... porque lo que es tú...

CAND. Sin embargo, yo he hecho despues una buena fortuna, mientras que mi buen Rodriguez...

ROD. Si me hubieran dicho entonces que tú habias de habér tenido casas de campo antes que yo... Pero en este mundo...

MEND. (Mirándole.) (¿Qué clase de animal habrá sido?)

MAT. (Á Eufemia.) ¿Me hace usted el favor de venir?...

CAND. Matilde, al gabinete verde. Es el mejor.

EUF. Cuando usted guste. (¡Qué ajada está!)

ESCENA XVI.

MENDOZA, CÁNDIDO, FEDERICO, RODRIGUEZ, luego SANABRIA.

MEND. (Refregándose las manos.) ¡Oh! ya ha venido uno...

JUANA. (En el fondo.) Por aquí, caballero, por aquí.

CAND. ¡Hola! ¡otro! ¡Bravo!

SANAB. (Con brusquedad.) ¿Pues qué no veo la puerta?

CAND. ¡Oh! ¡Sanabria!

SANAB. Nada de cumplimientos. Toma esto. (Le pone en las manos el saco de noche.)

CAND. Señores, mi antiguo amigo el coronel.

SANAB. No tan antiguo... ¡Mi antiguo amigo!... Pero hombre, acabarás de desembarazarme... (Le dá el paraguas y la sombrerera.)

MEND. (¡Otro tipo! ¡Qué coleccion de fieras! ¡Aquel la envidia, este el egoismo!)

CAND. (Despues de entregar los objetos.) Veo que has cumplido tu palabra.

SANAB. Un sacrificio mas que me debes... Á mí no me gusta el campo.

MEND. (¡Un animal que habrá comido tanta yerba!)

SANAB. Aqui habrá flores... Su olor me incomoda... El canto de los pájaros me dá dolor de cabeza... Odio la música... Pero te has empeñado tantas veces, que he dicho: será preciso ir para que me deje tranquilo.

CAND. (Estrechándole la mano.) Siempre amable.

SANAB. Y vamos, ¿dónde está mi habitacion?...

CAND. Cabalmente pensaba dónde meterte...

SANAB. ¡Diablo! ¿Donde meterme?...

CAND. He dispuesto del gabinete azul para este amigo...

SANAB. Me es igual... siempre que haya otro mejor.

CAND. El gabinete azul.. no tiene balcon...

SANAB. ¡Uf! ¿Sabes que odio ese color?...

MEND. (Un coronel... procedente de las filas carlistas.)

CAND. Pero hombre, si hubieras llegado antes...

SANAB. ¡Es una tontería!... Abandonar uno su casa... sus comodidades... sus costumbres... por un cuartucho pintado de azul.. Chico, guárdale para otro, que yo me vuelvo...

CAND. Pero Sanabria... Espera: todo se puede arreglar. Rodriguez te cederá su gabinete...

ROD. ¡Yo ceder!... Porque él es rico y yo pobre...

FED. No se incomode usted, caballero. Yo cedo el mio.

SANAB. ¿Un gabinete?...

CAND. ¡Precioso! Con cuarto de tocador... El mejor de la casa... Con papel amarillo...

SANAB. El amarillo me gusta .. En fin, puesto que no incomodo á nadie, me quedo (Sentándose en un sofá) Siéntense ustedes.

MEND. Caballero, se ha sentado usted sobre un almohadon azul. Como el color le incomoda...

SANAB. No, señor, en almohadones es otra cosa. Aqui tienen us-

tedes á mi amigo Cándido... mi compañero de armas... Siéntate, hombre, que me haces levantar la cabeza... Viviamos siempre juntos...

CAND. Si, en mi alojamiento.

SANAB. No teniamos mas que un lecho...

CAND. Mi pobre cama

SANAB. Ni mas que un caballo...

CAND. Mi caballo, donde tú montabas en las marchas mientras yo iba á pie...

SANAB. Entre amigos, con uno que goce basta.

CAND. Luego nos perdimos de vista... Yo me dediqué al comercio, y antes de mi viaje á la Habana viniste á verme una vez... pero no volviste... ¡Qué apurado estaba yo aquel dia!

SANAB. Es verdad. Tenias que hacer unos pagos...

MEND. Y usted por no incomodarle...

SANAB. Pero por fin se encuentra uno siempre á los amigos...

MEND. Sobre todo, cuando por fin han hecho fortuna.

SANAB. (Mirandole con asombro) Sobre todo, entonces...

MEND. Se les encuentra mas pronto...

SANAB. (Á Cándido.) (¿Quién es este personaje?)

ESCENA XVIII.

DICHOS, JULIAN.

Julián con un traje bastante ajado, y un lio colgado en el baston. Figura desaliñada y curtida, con toda la barba, y un aspecto de tunante.

JULIAN. La... ra... la... ra... Buenos dias... ¿Es esta la casa de mi amigo Perez?

CAND. Un amigo que no recuerdo...

JULIAN. ¡Voto al cuerno! ¿No tienen ustedes lengua?

CAND. Haga usted el favor de no jurar... hay señoras... Yo soy Perez.

JULIAN. (Arrojando el lio y abrazándole.) Tú... ¡querido mio!

CAND. ¡Yo! pero...

JULIAN. ¿Has olvidado ya á tus amigos de la Habana?

CAND. ¡Un amigo de la Habana!

JULIAN. Y el tunante no me reconoce... ¡Voto á...

CAND. (Me vá á ahogar.) Si, ya caigo... pero con esa barba...

JULIAN. (Dándole en la espalda.) No te he reconocido yo á pesar de

haberte afeitado la tuya .. ¿Y dónde pongo mi lio?... (Arregla su ropa.)

ROD. ¿Pero este hombre es amigo tuyo? (Bajo.)

CAND. Yo no sé... pero es posible... ¡Tengo tantos!

ROD. Es posible!...

CAND. He dejado tantos amigos en la Habana...

SANAB. ¿Cómo se llama ese titiritero?

CAND. ¿Cómo se llama?... No recuerdo...

MEND. Vale mas que lo ignoremos.

CAND. Es verdad...

SANAB. No le convides á comer... un hombre tan grosero...

CAND. (Á Julian, ocupado con su ropa.) Amigo mio...

JULIAN. ¿Qué quieres, muchacho?

CAND. (Bajo.) Sabes que no puedes quedarte hoy á comer... No contaba con tu venida, y...

JULIAN. No importa. Otro dia será. Vengo por un mes.

CAND. ¡Un mes!

JULIAN. No tengo nada que hacer, y he dicho: me voy á pasar unos dias á casa de mi amigo Perez... No he avisado antes porque no lo necesitas... Á mí no me gustan los carruajes, y me he venido á pié cantando... Ya sabes que cuanto yo poseo es tuyo...

MEND. (El aire... el cielo... el agua...)

JULIAN. Mi bolsa está á tu disposicion.

CAND. Gracias.

JULIAN. Mi casa lo mismo.

SANAB. (Solo se ofrecen esas cosas cuando no se tienen.)

JULIAN. Cómo te ha sorprendido mi presencia...

CAND. Demasiado.

JULIAN. Ya sé que has hecho buenos negocios. Los pobres negros... ¡Chico! ¿es verdad que te has casado? ¡Já, já, já!

CAND. ¡Hombre! que sale mi mujer.

ESCENA XVIII.

DICHOS, MATILDE, EMILIA, DOÑA EUFEMIA.

JULIAN. ¡Oh! ¡qué guapa es! ¡Qué suerte has tenido siempre!...

CAND. ¿Quieres callar?

MAT. (A Cándido.) ¿Quién es ese hombre?

CAND. Un amigo.

MAT. ¡Jesus! ¿Supongo que no le habrás convidado?

CAND. No, pero se ha convidado él, que dá lo mismo. Es un amigo íntimo, á quien no conozco.

MAT. ¡Qué horror!

CAND. Señores, cuando ustedes gusten, la mesa... (Movimiento general.)

SANAB. Hombre, es muy temprano; yo no como hasta las seis.

CAND. Pero, hombre, por media hora... Son las...

SANAB. Chico, si he de interrumpir mis costumbres, me voy...

FED. Esperaremos un rato.

CAND. Este Sanabria... En fin, esperaremos...

ROD. (Á su mujer) Si se hubiera tratado de mí...

EUF. Hacer esperar á todo el mundo por ese bárbaro.

CAND. Pues entonces mientras llega la hora propongo un paseo á los jardines. (Saca un cigarro.)

JULIAN. (Quitándosele.) ¡Un cigarro! no te muevas, yo tengo fuego... (Enciende un fósforo y se vá.)

MAT. ¿Vamos al jardin?

CAND. Si quieres mi brazo...

FED. (Adelantándose.) No, el mio... (Sale con ella.)

(Cándido se pone su sombrero de paja.)

SANAD. Y yo, que me he venido sin sombrero de paja... ¡Ah!... dame, tú no le necesitas. (Se le quita y sigue á los otros.)

MEND. (Que se queda solo frente á frente de Cándido un poco amostazado.) Yo solo le pido á usted su mano... la mano de amigo. (Se la estrecha cordialmente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon amueblado con lujo. En primer término un balcon grande, cuyas puertas de madera aparecen abiertas. Á la izquierda en primer término una puerta que comunica con la habitacion de Mauricio cerrada con llave. En el centro un velador y una mesa. Á la derecha, en primer término, una puerta abierta sobre la escalera que se supone conduce al jardin. En segundo término la puerta de la alcoba de Matilde. Dos butacas de frente al público. Puerta al foro.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, con un plumero en la mano.

JUANA. Aburrida me tienen ya los huéspedes. La casa parece una fonda. Este que pide agua para lavarse; el otro para beber... Cuantas campanillas hay, otras tantas suenan á la vez. Y qué señores mas raros... Todo les parece mal... Á cada plato que se servia ayer en la mesa le ponian un defecto... ¡Y el de las barbas!... Yo no he visto en mi vida un hombre mas franco... Sube, baja, entra en todos los cuartos... Ahora poco estaba en la cocina con la pretension de hacerse su café... ¿Dónde habrá conocido el amo semejante.

JULIAN. (Desde el fondo.) ¡Chica!...

JUANA. (¡Calla! ya está aquí...)

JULIAN. (Avanzando de puntillas.) ¿Dónde tiene tu amo su libreria?... Me ha dicho que aquí...

JUANA. Sí, señor, por aquella puerta á la izquierda... (Le señala la puerta que cae al jardin.)

JULIAN. ¿Será de lujo?

JUANA. Si, señor, porque no lee nunca...

JULIAN. Necesito ver si hay un tomo... (Se dirige á la puerta indicada.)

JUANA. Vamos, es la única pieza que le quedaba por registrar... ¿Se habrá hecho ya su café?... Es un hombre que inspira miedo... con esa facha... Y siempre cantando... ¿Si habrá tocado alguna vez el organillo?...

JULIAN. ¡Eh!... no le digas á tu señor que me llevo estos tomos... (Aparece cargado de libros de lujo.) Es una sorpresa que le preparo...

JUANA. ¿Pero y si pregunta?...

JULIAN. Nada, ni una palabra... Para qué quiere él la historia de España? (Sale.)

JUANA. ¿Pero que irá á hacer con esos libros? Con los tales huéspedes vamos á tener algun sentimiento... ¡Ah! (Mirando al fondo.) ¡El señor de Mendoza! Este si que es un caballero... Yo le voy á decir lo de los libros...

ESCENA II.

JUANA, MENDOZA.

MEND. ¡Juana!...

JUANA. Señor...

MEND. Segun parece tu señora ha salido á dar un paseo á caballo...

JUANA. Si, señor, esta mañana temprano...

MEND. ¿La ha acompañado la señorita Emilia?

JUANA. Y el señorito Federico....

MEND. (Estos criados siempre dicen mas de lo que se les pregunta.) ¿No han vuelto todavia?

JUANA. Todavia...

MEND. Bien, puedes retirarte .. Voy á esperarlos aqui...

JUANA. Señorito...

MEND. ¿Qué?...

JUANA. Ese señor... Como no sé su nombre... el de las barbas..

MEND. Si... ya sé...

JUANA. Acaba de sacar de la libreria un monton de tomos... Se lo digo á usted por si vá á leer la misma obra y la echa de menos...

MEND. (¿Qué querrá decir?... Vamos, sospecha...) Si; es un poco aficionado á la lectura...

JUANA. (Al irse) (¿Si habrá vendido estampas?)

ESCENA III.

MENDOZA.

¡Qué poco me gusta ese paseo!... Yo tengo confianza en Matilde... Es una mujer honrada... Estoy seguro de que ni siquiera sospecha... Pero ese pilluelo no necesita que le den pié; es la misma osadia bajo la forma del encogimiento. La debilidad de ella es ser un poco soñadora... Empeñada en hacer de la vida una novela... Casada con un hombre todo prosa, y que la lleva quince años. ¡Caramba! digo yo esto cuando adoro á una niña... Verdad es que yo no la llevo mas que diez... ¡cinco menos! Ademas, yo no soy un imbécil como mi amigo Cándido. En buena situacion se ha colocado ese pobre diablo. Mire usted que es empeño el de meter en su casa á todos sus amigos. ¡Pero qué amigos!... Gentes que no le han dado una sola prueba... Almas pequeñas, que le han conocido pobre y no pueden digerir su riqueza... ¡Bah! está dominado por la monomania, por la rabia de la amistad y de las relaciones. ¡Ah! yo velaré por su honra. Asi no podrá decir que en ese mar de falsos amigos en que se ahoga, no ha encontrado uno solo verdadero. Y en cuanto á Emilia, no encuentro mas que un remedio: el casamiento. ¡*Similia*, *similibus*! ¡Antes que todo, la homeopatia!

ESCENA IV.

DICHO, RODRIGUEZ, DOÑA EUFEMIA; ambos aparecen por el fondo.

MEND. ¡Hola! ya estan aqui los dos esposos. ¡Qué alegres vienen!... ¿Si habrán observado algo... que abultar?... ¡Oh! deben tener unas lenguas para la mentira y la calumnia...

ROD. / EUF. (Que avanzan hablando con calor, reparan en Mendoza) ¡Ah!...

ROD. Buenos dias...

MEND. ¿Se viene de dar un paseo?...

ROD. Mi mujer no monta á caballo...

MEND. (Vamos... ya comprendo.) ¿Pero paseará á pié?...

EUF. Si; y en efecto, venimos de recorrer el jardin... las cocheras... de ver esta finca... tan lujosa... tan magnífica...

MEND. (No pueden digerir la casa.) Si... es una gran posesion... Todo con un lujo...

EUF. Con un lujo que escandaliza...

MEND. No es eso lo que he que querido decir....

EUF. Bien, pero yo lo digo... Ya puede estar satisfecho tu amigo Cándido... ya hemos visto su casa. (Se apoya en la palabra.)

MEND. Su mayor placer es que sus amigos...

ROD. Si, que sus amigos vean lo que tiene...

EUF. Siempre con la casa en la boca... Mi casa, mi jardin, mi cochera...

ROD. Si no fuera tan amigo mio, no me importaria nada... Pero no me gusta que haga alarde de una fortuna tan... improvisada...

MEND. ¿Qué importa que la haya hecho pronto si los medios han sido legítimos?...

EUF. Vaya usted á hacer creer eso á las personas honradas...

ROD. Vamos, yo no sé como este Cándido... que es un buen hombre...

EUF. No... que lo parece.

ROD. Bien... goza en humillar á sus amigos... Siempre ofreciéndoles su dinero... su crédito... sus fincas...

EUF. Para que su dinero, y su crédito, y sus fincas suenen y haya tontos...

MEND. Señores, respeten ustedes la ausencia de un amigo...

EUF. ¿Pues usted cree que si no se tratara de un amigo nos expresariamos asi?

MEND. Es verdad... (Este par de cuervos se ceban solo en la carne que conocen.

JUANA. (Entrando) Las señoras han vuelto del paseo...

MEND. ¡Ah! corro... Con permiso .. (Necesito ver á mi cuclillo.)

ROD. (Con interés) Pero dime, ¿es cierto lo que me empezaste á contar?...

EUF. Cierto como esa luz...

ROD. (Al ver á Sanabria por la puerta de la derecha.) Calla, que viene gente.

EUF. Pues por lo mismo debemos hablar.

ESCENA V.

DICHOS, SANABRIA.

ROD. Hola, coronel, ¿qué tal la noche?
SANAB. ¡Horrible! no he podido pegar los ojos. Estas camas de campo estan tan mal hechas.
ROD. Pues yo creia que la de usted era mejor que las nuestras.
SANAB. La mia es la que me importa. Ademas, la cochera debe estar cerca... Toda la noche un ruido... los criados hablando durante el pienso . La luz se me apagó á media noche... Seis veces he pedido agua y han tardado media hora en servírmela... luego los mosquitos me han obligado á estarme dando bofetones tres horas seguidas, y para fin de fiesta, cuando rendido y desesperado logré conciliar el sueño, comenzaron á cantar los gallos. Malditos pajarracos, acabo de retorcer el pescuezo á tres ó cuatro.
ROD. Pero hombre...
EUF. Y ha hecho muy bien... ¡Una mala noche á sus años!
SANAB. Señora, no tendrá usted muchos menos.
EUF. (¡Qué militar... mas soldado!)
ROD. Si hubiese usted madrugado tanto como la dueña de la casa.
EUF. Entonces la hubiera podido acompañar á caballo...
ROD. (Con intencion.) ¿Para qué? ¿No la ha acompañado ese jóven Federico...
SANAB. Á propósito de ese jóven. ¿Saben ustedes que se me figura que Cándido no hace bien en tenerle en su casa?
ROD. ¡Ah! pues si usted supiera...
SANAB. ¿Qué?...
EUF. (Con intencion.) Nada...
ROD. Yo creo que no seriamos amigos de Cándido si no le advirtieramos con tiempo...
SANAB. ¿Pero ustedes tienen la seguridad?... y estan tan tranquilos. Pues les advierto que si ustedes no se atreven á cumplir con su deber... yo lo haré. La amistad es mi único sentimiento... y estoy acostumbrado á sacrificárselo todo.
EUF. Caballero... yo no los he visto mas que pasearse solos

por el jardin, y quedarse sorprendidos al verme.

SANAB. ¡Cómo! ¿Y le parece á usted poco?...

EUF. Pero como este dice que luego han salido juntos á caballo.

SANAB. ¡Oh! esto no se puede oir... Cándido, amigo mio, yo te salvaré.

ROD. Silencio, señores.

ESCENA VI.

DICHOS, CÁNDIDO, MENDOZA.

EUF. No le diga usted nada. (Á Sanabria.) Viene con él ese demonio de médico.

ROD. Su mayor enemigo.

CAND. Ese hombre no me deja parar... Me ha revuelto toda la casa... Se cree en la Habana. Ha hecho una hamaca con la colcha de su cama, y me ha roto dos ciruelos al quererla colgar... Toda la noche tomando café... Me ha dejado sin cigarros... y lo peor es que me tutea de un modo y me tira de las orejas... y me deshace el lazo de la corbata, y me dice unas cosas, que mis criados van a creer que yo he sido su lacayo allá en la isla de Cuba.

EUF. (¡Quién sabe si acertarán!)

CAND. (Á Sanabria.) ¿Qué tal la noche?

SANAB. No me han dejado dormir los animales.

MEND. (Á Rodriguez.) ¿Duermen ustedes muy cerca?

ROD. ¿Por que?

MEND. Porque... tampoco habrán ustedes dormido.

CAND. Á propósito de animales. Ese maldito zorro, á quien le voy siguiendo la pista, me ha hecho hoy un destrozo en el gallinero... Me he encontrado tres gallos muertos.

SANAB. Me alegro. Así no cantarán mañana.

CAND. (Á Rodriguez.) ¡Y bien, ¿habeis recorrido ya el jardin? Es muy lindo, ¿no es verdad?

ROD. Si, no es malo; pero tiene poco horizonte.

EUF. Y yo creo que debe ser muy húmedo.

CAND. (Desconcertado.) ¡Húmedo!

SANAB. Ya lo creo: no hay mas que ver esa plaga de mosquitos.

ROD. Y las muchas albercas.

CAND. Pues yo no veo... ni siento...

ROD. ¡Ah! ya lo sentirás mas tarde.

SANAB. Cuando esté baldado de reuma...
CAND. (Inquieto.) ¡Baldado!
EUF. No hay nada tan insalubre como estas casas rodeadas de agua.
SANAB. Yo no viviria en ella aunque me dieran dinero encima.
ROD. ¡Oh! se cogen mas optalmias...
EUF. Y unas tercianas...
MEND. Bravo, adelante.
SANAB. Las tercianas... yo cogí unas en una huerta de Valencia.
EUF. ¡Qué! nosotros hemos tratado mucho á un amigo que las adquirió aqui en Carabanchel, y por mas remedios que hizo no pudo echarlas fuera.
CAND. ¿Pues cómo?
EUF. Porque se le metieron dentro... y murió envenenado... Un verdadero envenenamiento.
CAND. Pero, amigos mios, me estais oprimiendo el corazon de un modo... Es posible que mi casa sea tan mortífera?... (Á Mendoza.) Doctor, ¿qué dice usted?
MEND. Si, si, un envenenamiento... (Con ironia.)
EUF. (Bajo.) Creo que le asistió él.
ROD. Y luego es una casa demasiado suntuosa para tí.
CAND. ¡Cómo! para mí...
SANAB. Esto parece el retiro de un personaje...
ROD. Ó de algun grande...
SANAB. Bien, de hombre que represente... Pero tú qué representas para...
CAND. Yo represento...
ROD. ¡Bah! no te hagas ilusiones.
SANAB. No creo que tengas la pretension de pasar por una persona distinguida.
ROD. Si tú no fueras un amigo no te hablariamos asi.
EUF. Á los amigos se los puede hablar con franqueza.
SANAB. Se les debe decir la verdad cruda. (Le rodean.)
MEND. (Se le van á comer vivo.)
ROD. Y francamente, ¿qué papel has de hacer con esa facha?
EUF. Si no parece usted el amo.
SANAB. Cualquiera le toma por el jardinero.
ROD. Eso hace muy mal efecto...
SANAB. Dá lugar á que se hable...
EUF. Á que se le discuta... á que se diga: ¿Qué es lo que ha hecho este señor don Cándido para tener una quinta tan hermosa?

ROD. (Apoyándose en la butaca.) Cuando las gentes que valen mas que él viven en una celda.

SANAB. Y que añadan: porque él no tiene talento...

ROD. Ni habilidad...

EUF. Ni osadia...

CAND. Pero... pero... yo puedo...

SANAB. Para haber ganado tanto honradamente...

CAND. ¡Eh! poco... á poco...

ROD. ¡Hombre! es lo que se dice...

CAND. Pero eso es falso...

SANAB. Falso... como no se sabe nada...

CAND. Pero, señores, hace un momento me envenenaban ustedes y ahora me mandan á presidio.

ROD. (Dándole la mano.) Hombre, nos pides tu parecer, y te le damos.

SANAB. (Estrechándole la mano.) Como amigos...

CAND. Gracias... pero héme aqui disgustado de mi casa.

MEND. (Tranquilamente.) «Habia en Corinto un raton que daba á todo el mundo la llave de su corazon y de su despensa, y tenia tantos amigos, tantos amigos... que no tenia ninguno.» (Á Cándido.) ¿Dónde está Federico?

SANAB. (Á Cándido.) ¿Qué es lo que quiere decir con su raton?

ROD. Este caballero denigra la amistad. Yo conozco, sin embargo, muchos modelos...

MEND. (Se acerca y le mira la nariz.) Muchos... ¿Dónde se hallan?

SANAB. (Este hombre es insoportable.)

ROD. Consistirá en que yo no soy ni pesimista ni envidioso... y por eso veo generalizarse cada vez mas el dulce comercio de la amistad.

MEND. Es verdad, el comercio... Usted lo ha dicho. Á la primera vez que se ve una persona... «Caballero.» Á la segunda... «Amigo mio.» Á la tercera... «Mi querido amigo.» Cualquier lugareño que nos contemple en el café, en el teatro, en la calle, puede exclamar: ¡Qué bendicion! En Madrid todos los hombres son amigos íntimos, se quieren entrañablemente. (Haciendo que reparte apretones de manos.) ¡Hola chico!... Adios, querido... Compañero... Queridísimo... Apretones de manos, abrazos... todo por delante... todo ante el mundo... todo palabras... frases... farsa... farsa!...

CAND. ¡Oh!... Mendoza... es usted demasiado severo... Todos los amigos no son asi...

MEND. ¡No, oh! pues los hay peores... Ese dulce comercio ofrece una gran variedad... Tenemos el amigo mandon, déspota, que nos obliga á hacer sus encargos... El amigo ingenioso, satírico, que hace epígramas á nuestra costa... El amigo indiscreto, que pregona nuestras debilidades... El amigo parásito, que se nos come... El amigo especulador, que nos arruina... El amigo tonto que nos aplaude fuera de tiempo... en fin mil especies imposibles de enumerar, desde el que se lleva nuestros libros, que no nos devuelve... hasta el que trata de robarnos la mujer...

SANAB. ¿Y el amigo sincero?

ROD. ¿El verdadero amigo?

SANAB. ¿No le ha visto usted nunca?

MEND. Si...

SANAB. ¡Ah!

MEND. He conocido no uno, sino dos. ¿Quieren ustedes saber su historia? Á los quince años el de mas edad salvó al otro la vida sacándole del rio en que se ahogaba. Á los veinte el mas jóven se batia á muerte por un insulto hecho al otro en su ausencia. Mas tarde los dos amaban á una misma mujer, y los dos se apartaban de ella sacrificándose su amor mutuamente. Andando el tiempo la fortuna del uno sirvió para evitar la quiebra del otro. En fin, el mas jóven murió pobre, dejando un huérfano que el otro recogió en sus brazos, y educó como si su padre no hubiese muerto todavia. Para abreviar... ese huérfano era yo... ¿Quieren ustedes que despues de estos ejemplos salude á todo el mundo con el sublime nombre de amigo? Buenas tardes, señores, voy á ver dónde anda otro amigo del señor. (Señala á Cándido y sale.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, menos MENDOZA, luego JULIAN.

SANAB. Este hombre no tiene corazon...

ROD. Un médico...

EUF. Y homeópata... (Un troncho de lechuga lanzado por el balcon cae en medio de la sala.)

EUF. (Dando un grito.) ¡Ah!

SANAB. ¿Qué es esto? ¿Quién se atreve?...

CAND. (Recogiendo el troncho.) Mi vecino... El troncho de esta mañana...

ROD. Pero, hombre, esto es un insulto...

CAND. Que no me explico, porque yo no le he arrojado nada hoy.

JULIAN. (Entrando.) ¡Já! ¡já!... (Recogiendo el troncho.) ¡Delicioso!...

CAND. ¡Cómo! ¿Usted es el autor?...

JULIAN. ¡Delicioso! Como me contaste esta mañana tu lucha con don Natalio, me encontré hace poco un troncho de lechuga y dije, voy á escarmentar á ese chino...

CAND. (Con espanto.) Pero, hombre...

JULIAN. Calla. Me pongo en acecho, y cuando él estaba mas descuidado... pun... le he pegado un tronchazo en medio de la nariz.

CAND. (Asustado.) ¿Y habrá creido que he sido yo?

JULIAN. ¡Toma! ¡pues eso es lo delicioso!

CAND. (Poniéndose serio.) Pues ese es un abuso que...

JULIAN. ¡Chico! no te incomodes. Verás qué pronto le hago callar.. (Se dirige al balcon, y arroja el troncho de nuevo.)

CAND. ¡Eh! ¡qué vas á hacer, Dios mio!

UNA VOZ. (Fuera.) Señor don Cándido, advierto á usted...

CAND. (Corriendo al balcon) Señor don Natalio... (El troncho vuelve á entrar por el balcon, y le dá á D. Cándido en la cara, cubriéndole de tierra. Julian impide á D. Cándido, que se acerca.)

JULIAN. ¡Ah! déjame. (Recoge el troncho, y tirándole de nuevo, dice:) ¡Animal! ¡Chino! yo te escarmentaré para siempre.

CAND. (Gritando.) Señor don Natalio... no soy yo... no soy yo... (Julian le tapa la boca.)

LA VOZ. (Fuera.) Es usted un camueso, y nos veremos las caras.

ROD. ¿Qué es lo que te ha llamado?

EUF. ¿No lo has oido? ¡Camueso!

SANAB. (Con solemnidad.) ¡Oh! eso no puede quedar asi...

ROD. Un insulto de tal naturaleza, y delante de señoras...

CAND. Pero consideren ustedes que tiene razon.

SANAB. ¿Cómo?... Nosotros no podemos consentir que á un amigo...

JULIAN. ¡Imposible! es preciso que retire la palabra ahora mismo, ó de lo contrario...

CAND. Pero él exigirá que yo retire antes...

SANAB. Esa no es cuenta nuestra... Yo en mi calidad de militar y de amigo... no puedo permitir, no permito, que esto

quede sin reparacion.

CAND. Y si él se empeña en no explicar...

SANAB. Se darán ustedes la reparacion de las armas... No cabe otra...

CAND. Pero señor, y yo que sin culpa...

SANAB. La ley del del honor lo exige, y si tú fueras capaz de faltar á ella... te creeria indigno de mi amistad.

CAND. Yo no digo... pero...

JULIAN. Y es un lance que no se puede ajustar á primera sangre.

SANAB. Se supone... Eso seria una farsa, y yo no tolero que un amigo mio haga un papel ridículo.

CAND. De modo que yo necesito morir para quedar bien.

SANAB. ¡Hombre! Los lances de armas...

CAND. Vamos... vamos... cosas como las que á mí me pasan...

EUF. (Á Rodriguez.) Yo creo que tiene miedo.

CAND. Pues yo retiro todos los insultos que este le ha hecho. Díganselo ustedes asi.

SANAB. Eso seria indigno... Ante todo, él debe retirar el suyo.

ROD. (Con ademan de salír.) Pero estamos perdiendo un tiempo precioso. Estas cosas en seguida...

CAND. Pues á mí maldita la prisa que me corren.

SANAB. (Tomando el sombrero.) Si, en seguida.

JULIAN. En seguida. Ó se retracta terminantemente, ó á seis pasos... (Hace ademan de tirar.)

CAND. (Sofocado.) Pero señores, estas cosas se deben meditar. ¿Pues qué no hay mas?... Ademas, yo no he nombrado padrinos...

SANAB. ¿Pues qué los necesitas estando aqui tus amigos?... Nada, vamos.

CAND. ¡Eh! deténganse ustedes... yo necesito...

EUF. Señor don Cándido, ¿pero usted no ha sido militar?

CAND. Si, señora, pesetero. ¿Y qué? (Salen los tres por el fondo.)

CAND. ¡Y se van! Y no hay remedio... (Dirigiéndose al balcon.) ¡Señor don Natalio! (Vuelve al fondo y se deja caer en una butaca.) ¡Ah! ¡qué amigos! ¡qué amigos!

ESCENA VIII.

D. CÁNDIDO, DOÑA EUFEMIA.

EUF. (*Se acerca á él y le hace aire con el abanico.*) Vamos, sosiéguese usted.

CAND. Se han empeñado y me van á obligar á que me bata con un hombre á quien estimo, á quien quiero... Porque yo quiero á don Natalio sin poderlo remediar.

EUF. Estos lances se hacen tan necesarios algunas veces...

CAND. Si, señora, cuando hay una causa grande...

EUF. ¿Y le parece á usted pequeña? Le ha llamado á usted camueso con todas sus letras.

CAND. Pero despues de haberle llamado á él ese danzante... «Animal y chino.»

EUF. En fin, ya no es posible volver atrás... Dios le dé á usted mas suerte que á un amigo nuestro...

CAND. ¿El que murió de tercianas?

EUF. No, señor; otro que por un quítame allá recibió una estocada... ¡Ah! me estremezco todavia como cuando me lo contaron... Dicen que arrojaba unos caños de sangre por la herida...

CAND. ¿Y murió?...

EUF. Si, señor, despues de estar agonizando una semana entera...

CAND. (*Saltando de la butaca.*) ¿Sabe usted que para consolar á uno se pinta usted sola?

EUF. Si el desafio de usted es á pistola...

CAND. Eso es, podré morir mas pronto, como todos los amigos á quien usted trata.

EUF. Pero las heridas de bala hacen unos destrozos...

CAND. (Esta mujer es una hiena.)

ESCENA IX.

DICHOS, SANABRIA, RODRIGUEZ. *Ambos entran con cara de disgusto.*

EUF. Ya estan aqui...

CAND. (*Con ansiedad.*) ¿Qué hay?...

ROD. Nada. Que ese maldito médico, enterado de todo, se nos ha adelantado y ha explicado los sucesos de tal ma-

nera, que tu vecino dice que retira la palabra camueso, y está dispuesto á firmar un acta de arreglo.

EUF. ¿Pero cómo puede haber explicado los sucesos?

CAND. Señora, contando la verdad.

EUF. No me gusta ese hombre.

CAND. Pues á mí si, y le estoy muy agradecido.

SANAB. Un lance que se presentaba tan bien...

ROD. En que podias...

CAND. Si, haber recibido un balazo en la frente... Pues, señor, ya que todo ha terminado con felicidad, voy á dar un abrazo á mi mujer... y á contárselo todo. ¿Dónde estará ahora? (Rodriguez y Sanabria se miran; Sanabria tose despues ligeramente.) ¿Qué deciais?

SANAB. ¡Yo!... nada... no digo nada... (Tosen.)

EUF. Estará con Federico en el jardin.

CAND. (Dirigiéndose á la puerta del jardin.) Voy á buscarla. Vamos, vengan ustedes...

SANAB. (Entre dientes.) ¡Oh!... yo me quedo... no quiero interrumpir... (Se sienta en el sofá. Rodriguez hace lo mismo.)

CAND. ¡Interrumpir!...

SANAB. (Ligeramente.) Esta mañana estaban paseando en el jardin... La señora se presentó de repente... pero no la esperaban sin duda... y suspendieron su animada conversacion. (Se rie.)

CAND. ¿Qué de particular tiene eso? Eres muy susceptible... Estarian hablando de música... de pintura... de poesia... y creerian á esta señora profana...

EUF. ¡Profana!... Es verdad...

CAND. (Ademan de salir.) En fin... ¿no vienen ustedes? (Sanabria se suena con afectacion. Silencio. Rodriguez tose afectando no mirar á Cándido.) ¿Pero qué significa?... ¿Qué les pasa á ustedes?

ROD. } SANAB. } (Con falsa candidez.) ¿Á nosotros?...

CAND. Han tomado ustedes un aire de misterio... un aire de...

SANAB. Un aire de sospecha... de advertencia...

CAND. De... advertencia...

SANAB. No... (Señalando á Rodriguez.) Es lo que quiere decir Rodriguez...

ROD. Yo no quiero decir nada...

CAND. (Confuso, mirándolos con atencion.) ¿Pero qué es esto?

SANAB. ¡Oh!... yo no digo nada... (Se levanta.) Ea, vamos.

ROD. Si... vamos... ya que te empeñas...

CAND. (Deteniéndoles.) Permitidme. Antes de dar un paso me vais á hacer el favor de explicarme unas reticencias que empiezan á desagradarme...

ROD. ¡Ah! si tú te incomodas...

CAND. No me incomodo... pero deseo saber de qué se trata?... ¿Qué hay?... ¿Qué es lo que quereis decir?...

SANAB. De modo que tú crees que solo por entretenernos...

ROD. Vaya usted á tomarse interés por los amigos...

SANAB. Hay deberes muy penosos, y esos son los que se deben cumplir... Siempre que hay una mala noticia se busca á un amigo para que la dé...

ROD. (Con el mismo tono.) Siempre que hay alguna cosa desagradable... grave...

SANAB. ¡Oh! los amigos... ¡siempre los pobres amigos!

CAND. (Con ansiedad.) ¡Pero Dios mio!...

ROD. Pero si un extraño te dijese á quemaropa...

SANAB. Tu mujer es un poco coqueta...

ROD. (Con el mismo tono ligero.) Anda siempre con ese Federico...

SANAB. Huyendo de la gente... de los amigos de su esposo...

CAND. (Herido.) ¡Oh!

SANAB. Ya ves. Te daria un golpe terrible... Mientras que nosotros...

CAND. ¡Mi mujer! ¡Federico!... Os atreveis... ¡Oh! Callad... Callad...

ROD. Pero...

CAND. Callad... Es una infamia que dos hombres á quienes yo estrecho la mano, á quienes llamo amigos... se atrevan delante de mí... en mi casa... Mi mujer... ¡mi pobre mujer!... ¡Ah! no sabeis el daño que me habeis hecho.

SANAB. ¡Oh! vea usted aqui el fruto de una buena accion... de un sacrificio... Yo no aseguro lo que no he visto... pero hay quien sabe...

CAND. ¡Qué! ¿Qué es lo que sabeis?... pronto...

ROD. Mi mujer los ha sorprendido hablando con un calor... Que diga si quiere...

EUF. ¡Yo!...

CAND. ¿Pero eso?...

SANAB. Señora, no diga usted nada...

CAND. ¡Oh! qué infierno. Habeis venido á turbar la paz de un hombre haciéndole dudar de cuanto estima en el mun-

do. ¿Y todo esto lo haceis en nombre de la amistad? ¿Pero qué amistad es esta? ¿En qué se diferencia del odio? Desde ayer no habeis perdido una ocasion de envenenarme... Hace un rato os entreteniais en enumerar todos los defectos de mi casa y en disgustarme de ella. Despues os habeis afanado en convertir una querella pueril en un duelo á muerte... y como no habeis podido quitarme la vida, ¿quereis ahora arrancarme el honor?

ROD. ¡Esto no se puede sufrir!... ¿Qué debiamos haber hecho cuando todo el mundo?...

CAND. Cuanto decis es falso; y aunque fuera verdad, ¿no era preferible haberme dejado en mi error?

SANAB. ¡Este hombre no comprende la amistad! Señores, mi opinion es que nos vayamos antes de vernos obligados...

CAND ¡Cómo! Quereis iros ahora dejándome á mí una sospecha en el alma... ¡Imposible! Yo no puedo dejaros salir de aqui mientras no os convenzais de que vuestras reticencias no envuelven mas que una calumnia...

SANAB. ¿Y quién nos vá á convencer?...

CAND. ¡Yo!

SANAB. ¿Y por qué medio?...

CAND. Yo os daré cuantas pruebas necesiteis de su inocencia. ¡Ah! yo discurriré...

SANAB. Ojalá que lo consigas. Nuestra satisfaccion será tan grande como la tuya...

CAND. ¿Qué prueba quereis? Vamos...

ROD. Mira; me ocurre una... ¿Por qué no finges un viaje á Madrid... una carta... un negocio urgente... Y de pronto vuelves cuando nadie te espere?... Es un medio que da siempre resultados.

SANAB. ¡Infalible! Yo conocí un marido á quien sus amigos le hicieron caer en sospechas... Un dia llamó á su Dolores, se llamaba Dolores su esposa, y le dijo: Acabo de recibir una carta que me obliga á tomar el tren en seguida. Me voy á Valencia. «¡Á Valencia!» exclamó ella. «¿Y vas á pasar la noche fuera?... De ningun modo.» Despues de mil exclamaciones, empezó á darle celos... lloriqueó... y hasta estuvo á punto de desmayarse. El esposo, para consolarla, la ofreció traerla flores, frutas y encajes de la ciudad del Cid. «Pues bien, maridi-

to mio, dijo ella, permíteme que te acompañe hasta el camino de hierro.» Se despidieron tiernamente en el salon de descanso, y dos horas despues el viajero llamaba á la puerta de su casa Tardan en abrirle... entra por fin... penetra en el gabinete... penetra... miro detrás de un armario, ¿y qué dirán ustedes que ví?

ROD. ¡Ah! ¿el marido era usted?...

SANAB. (Aturdido.) ¿Qué he dicho?... (Llevándose las manos á la cabeza. ¡Oh! pues bien... yo fuí el desgraciado... que se convenció de su deshonra por un medio tan sencillo.

CAND. ¡Oh! pero yo no tengo sospechas... Emplear ese recurso seria infame.

ROD. Pues por lo mismo que no aventuras nada, debes emplearle. ¿Qué te importa si de esa manera logras tranquilizarnos?

CAND. ¡Oh! me vais á hacer cometer una bajeza.

SANAB. Cualquiera diria que temes...

CAND. ¡Yo temer! Intentais volverme loco. Yo sé que todo es una mentira. ¡Engañarme ella! ¡Una mujer á quien adoro! ¿Y con quién? Con un hombre enfermo... á quien he recibido en mi casa... á quien he visto nacer... Y luego, yo hubiera observado... Pero si ella está tan tranquila... tan alegre...

SANAB. Tambien lo estaba mi Dolores.

CAND. Pero estas mentiras, siempre causan...

EUF. Silencio... por Dios...

ESCENA X.

DICHOS, MATILDE, luego MENDOZA, luego EMILIA y FEDERICO.

MAT. / EMILIA. ¿Pero no bajan ustedes al jardin antes de que se haga de noche?

CAND. No... no... estabamos hablando...

FED. (Á quien Mendoza no deja so pretesto de darle el brazo.) ¿Pero me quieres dejar?

MEND. Aqui no hay ya inconveniente. (Le suelta. Se van hácia el balcon y hablan con Emilia.)

MAT. ¿Y de qué hablaban ustedes con tanto interés?

ROD. De un asunto...

SANAB. Que no le gustará á usted mucho.

ROD. Y que le obliga á Cándido á tomar ahora mismo el ca-

mino de la córte.

MAT. ¿Ahora mismo?

CAND. (Embarazado.) Si... si...

SANAB. Acaba de recibir una carta... ¿no es verdad? muy urgente... Le dicen que se vá á declarar en quiebra mañana una casa donde tiene algunos fondos... Y como estas cosas suélen salir ciertas...

MAT. (Á Cándido.) Y bien, ¿no podrias dar el encargo á otra persona?

SANAB. Imposible.

MAT. ¿Y mañana no seria lo mismo?

CAND. En efecto... podria.. (Matilde se aparta un poco.)

SANAB. ¡Ah! no vaciles... (Bajo)

CAND. (Bajo.) Mírala; ¿es posible dudar de una mujer asi? Ya ves que no quiere que me vaya.

SANAB. Dolores tampoco queria que la abandonara.

CAND. Eso no es prueba.

SANAB. Mira en cambio á Federico, que no se ha atrevido á darte la mano en todo el dia.

CAND. (Sospechoso.) ¡Oh! no sé qué hacer...

MAT. Vamos, ¿han acabado ustedes de deliberar?

CAND. Si, decididamente...

MAT. ¿Te quedas? (Federico avanza con Emilia.)

CAND. No; me voy... Me voy obligado... (¡Ah! ¡qué amigos!)

MAT. ¡Cómo! ¿tan tarde? .. (La noche avanza.)

CAND. Por una noche, ¿qué ha de suceder?... ¿Ha de árder la casa?... Y ademas, ¿no se quedan aqui mis amigos Rodriguez, Sanabria, Federico?... (Dándole la mano.)

CAND. (Al soltar su mano.) (¡Esta mano helada!)

MAT. ¿Pero vendrás mañana á almorzar?

CAND. (Sin mirarla.) Si... si... (Dá algunos pasos.)

MAT. Pero hombre, ¿y te vas asi?

CAND. No. (La abraza con frialdad, y luego con pasion.) ¡Oh! ¡no puede ser!

MAT. (Levantando la cabeza.) ¡Qué!

CAND. (Componiendo su rostro.) Nada, nada.

EMILIA. (Dándole un carrik.) ¿Y á mí no me abrazas?

CAND. Si. (La abraza. Avanza hasta el fondo de la escena, y volviéndose con lágrimas en la voz, dice:) (¡Dios mio! yo soy buen esposo... buen padre... ¿Qué mas puedo hacer?)

ROD. (Reparando en su emocion.) Ea, vamos, anda.

MEND. (Dejando el balcon.) ¿Qué es eso? ¿Se vá usted?

MAT. (Dándole el brazo.) Te acompaño hasta la calle.

SANAB. (Como Dolores.)

EMILIA. Y yo tambien.

CAND. Vamos. (Cándido dá el brazo á su mujer. Rodriguez á Emilia. Sanabria á Doña Eufemia.)

EUF. (Á Sanabria.) ¡No es una dicha tener amigos como nosotros!

ESCENA XI.

MENDOZA, luego FEDERICO.

MEND. ¿Pero por qué se vá ese hombre? ¿Qué trama infernal habrán urdido durante mi ausencia? Se vá y le deja toda la noche... ¿Pero es posible que el marido sea siempre?... No hay duda. (Se dirige al balcon. Se asoma á verlos pasar. Federico entra de puntillas sin que Mendoza le vea, y se desliza hasta llegar á la puerta de la izquierda.)

FED. La llave está puesta. (La quita.) Ya está en mi bolsillo. Ahora finjo que me voy fuera. ¡Oh!

MEND. (Volviéndose.) ¿Quién anda ahí?

FED. ¡Soy yo! (Con serenidad.) Buenas noches. (Con aire burlon.)

ESCENA XII.

MENDOZA.

¿A qué habrá venido ese tunante? Esta es la habitacion de Matilde. (Mirando á la derecha.) Aquella es su alcoba. (Mirando á la izquierda.) ¿Esa otra puerta adónde cae? Al gabinete de Cándido. ¡Ah! pero en ese gabinete duerme ahora Federico... Por ese cedió al coronel su habitacion... ¡Oh! esto es muy grave... (Se acerca y mira la puerta.) La llave está echada. ¿Pero por fuera ó por dentro? Hé aqui la cuestion. Se trata de un canalla capaz de todo. Yo tengo confianza en Matilde, pero un médico adquiere mas confianza cuando evita las enfermedades que cuando las cura... Si yo pudiera pasar toda la noche en conversacion con ese pillo hablándole de sus abuelos... No hay mas remedio. Nada, ahora mismo me encajo en su cuarto, y de allí no me mueve nadie... Que se incomoda... que grita... que patea... Cuando la

ciencia no baste... (Cimbreando su baston.) hasta de este remedio estoy dispuesto á usar si es preciso. ¡Ah! Cándido, mientras tú duermes, yo velo; yo, tu único amigo. (Apenas sale Mendoza por la puerta del fondo, entran por la que cae al jardin, Emilia, Matilde y Juana.)

ESCENA XIII.

EMILIA, MATILDE, JUANA.

EMILIA. Cuánto siento que papá nos haya despedido en la puerta. Yo queria haberle acompañado un poco.

MAT. (Cerrando la puerta del jardin.) ¿Dónde está la llave, Juana?

JUANA. No sé, el señor es quien la guarda siempre.

EMILIA. Yo me voy á acostar... Estoy cansada. Buenas noches, mamá.

MAT. Adios, hija mia. (La abraza y la besa.) Que te acompañe Juana.

EMILIA. No, que se quede contigo. ¡Adios! (Sale por el fondo.)

ESCENA XIV.

MATILDE, JUANA.

JUANA. ¿La señora se vá á acostar?

MAT. Todavia no.

JUANA. Voy á cerrar... (Se dirige al balcon.) ¡Qué hermosa noche!...

MAT. No cierres las maderas. Puedes retirarte.

JUANA. ¿La señora llamará?...

MAT. No; te puedes retirar.

JUANA. Buenas noches. (Al salir cierra la puerta del fondo.)

ESCENA XV.

MATILDE sola.

¡Oh! ¡es tan bueno para mí Cándido!... (Sentándose en una butaca.) ¡Al despedirse me ha abrazado con un cariño!... ¿Por qué no he de ser feliz con él? Con este carácter mio no reparo todo lo que debiera en sus buenas cualidades.

Él siempre pensando en agradarme y yo empeñada en aburrirme. ¡Oh! es preciso que desde aqui en adelante viva mas para él. Asi no le manejará todo el mundo. Asi no abusarán de su debilidad esos amigos que le traen y le llevan. Estoy deseando que se vayan... tan antipáticos... con una cara de envidia!... ¡Federico es en cambio un infeliz!... Enfermo... desgraciado... Pero á veces dice unas cosas... me mira de un modo... Como yo le escucho... Vamos, lo mejor será que se vayan todos cuanto antes... No sé por qué me inquieta tanto la ausencia de Cándido... ¡Oh! ¡quiero esperarle aqui!...

ESCENA XVI.

FEDERICO, MATILDE.

FED. (Abre con mucha suavidad la puerta de la izquierda; se desliza de puntillas hasta la del fondo, que Juana dejó cerrada, y echa la llave. Matilde, levantándose asustada al ruido de la llave.)

MAT. ¡Ah! ¿Quién?

FED. ¡Soy yo!...

MAT. ¡Federico! (Con espanto.)

FED. Yo, que he entrado por esa puerta. (Señala la suya.)

MAT. ¿Pero qué significa?... (Con ansiedad.)

FED. Nadie me ha visto. (Con misterio.) Todos me creen fuera de la casa.

MAT. ¡No comprendo!... (Con terror.) ¡Pronto!... ¡hable usted!...

FED. ¡Oh!... ¡Matilde!... Sosiégase usted y óigame un instante si no quiere verme morir á sus pies!

MAT. ¡Yo!... ¡oir!... (Adivinando.) ¿Qué es lo que usted dice?

FED. ¡Que la amo!... (Cayendo á sus pies.) que la adoro... que esta enfermedad que me mata es su amor!

MAT. ¡Qué escucho!.. (Fuera de sí.) ¡Dios mio!... ¡Qué ha visto este infame en mí para que asi se atreva á mi honra! ¡Salga usted de aqui! ¡Ahora... ahora mismo!

FED. ¡Salir!...

MAT. Salga usted... (Con fiereza.) si no quiere obligarme á dar un escándalo... á llamar... á gritar... para que le arrojen de mi presencia.

FED. ¡Ah! no llame usted. Déjeme á lo menos decirla que usted vá á ser la causa de mi muerte.

MAT. ¡Ah! ¡pronto!... Si hay en usted algo de dignidad, de respeto á una mujer honrada, salga usted antes que el escándalo traiga la infamia y la desgracia sobre una casa donde usted ha vivido enfermo.

FED. ¡Imposible! ¡Matilde!... ¡Matilde!...

MAT. ¡Cómo! ¿Se niega usted?... ¡Infame! (Corre á la puerta del fondo y trata de abrirla.) ¡Cerrada!

FED. ¡Ah! ¡perdon!...

MAT. (Retrocediendo.) ¡Es usted un miserable, y le odio con toda mi alma! (Con la expresion de la virtud y del valor.) ¡La llave!... ¡la llave de esa puerta! (Se oyen golpes en la habitacion de Federico.) ¡Llaman! (Al retroceder con espanto deja caer una silla.)

FED. ¡Es en mi cuarto!

MAT. (Con horror.) ¡Y van á entrar antes que yo haya gritado!

FED. ¡Tengo aqui la llave!...

MAT. ¡Siento pasos! ¿qué van á creer?...

FED. ¡Yo me ocultaré!... ¿Dónde?... ¡Ah! ¡el balcon!... me esconderé en él. (Federico corre á ocultarse en el balcon, y al entrar, Matilde lo empuja con violencia haciéndole caer dentro.)

MAT. ¡Oh! ¡me he salvado! (Ahogándose en sollozos.) ¡Me estan ahogando las lágrimas! ¡Qué infamia, santo cielo! (Se dirige con pasos vacilantes á la butaca, y se apoya en ella para no caerse. Se oye el ruido de una llave en la cerradura de la puerta del jardin. Con espanto y volviendo la cabeza.) ¡Oh!

ESCENA XVII.

MATILDE, CÁNDIDO, RODRIGUEZ, SANABRIA.

CAND. (Adelantándose.) ¡Sola!

MAT. (Con ansiedad.) ¡Tú!

CAND. ¡Yo! si... ¿Esto te sorprende? (Respirando.) Se me ha roto el carruaje, y me vuelvo...

MAT. (Respirando.) ¡Ah!

CAND. Pero no te asustes... (Abrazándola.) ¡No ha sido nada, hija mia! (Á Rodriguez y Sanabria, que se han quedado á la puerta.) Pasad... pasad... no os quedeis ahí... Ya estamos tranquilos.

MAT. ¿Pero no ha sucedido nada?... (Reponiéndose.)

CAND. Nada... Perdóname... (Volviéndola á abrazar.)

MAT. ¿Qué?

CAND. El susto que te he hecho pasar... (Con lágrimas de alegria.) Eres una excelente esposa, y no sabes cuánto te amo...

ROD. ¡Calla! (Reparando en la silla caida.) ¡Esta silla caida!... (Movimiento de Cándido y Matilde.)

ROD. ¡Esa puerta!... (Fijándose en la de la izquierda.)

CAND. (Fuera de sí.) ¿Quién ha abierto esa puerta?

ESCENA XVIII.

DICHOS, MENDOZA.

MEND. (Que sale de la habitacion de Federico con un vaso en la mano y un aire de misterio y hablando bajo.) ¡Chist! ¡no hagais ruido! Empieza á dormir.

TODOS. ¡Mendoza!

MEND. (Á Cándido con el mismo juego.) ¿Qué ha sido eso del carruaje?

CAND. ¿Pero qué quiere?...

MEND. ¡Chist! Mas bajo... que se vá á despertar...

CAND. ¿Pero quién?

MEND. ¡Federico! (Matilde le mira con asombro.)

CAND. ¡Federico!

MEND. Si, me ha hecho pasar un rato... Se sentia algo indispuesto desde esta tarde, y me suplicó que me quedara con él. De repente le dió una especie de desmayo como el del otro dia... Empiezo á dar voces... ¡que si quieres!... todos estaban ocupados en despedir á usted, salgo corriendo á esta sala á ver si encuentro á alguien... (Levantando la silla.) ¡Ah! señora, dispense usted; con el aturdimiento se me olvidó levantar esta silla que dejé caer. Vuelvo á buscar á mi enfermo, y gracias á unas friegas feroces y á unos asperjes con agua fria, le he hecho volver en sí. Le he acostado, y en este momento empieza á descansar ese bribon, que me dá un susto cada dia.

CAND. (Con gozo.) Cuánto me alegro de que le ocurriera á usted la idea de acompañarle.

SANAB. ¡Médico mas importuno! (Á Rodriguez.)

ROD. No me gusta este hombre.

MEND. (Á Matilde.) Vamos, tranquilícese usted. El susto ya ha pasado. (Matilde le mira con profundo agradecimiento.)

CAND. ¿Pero qué tienes? ¡estás pálida!

MEND. ¡El calor!...

CAND. Con ese balcon cerrado... Si se ahoga uno aqui. (Se dirige á abrir.)

MAT. ¡Oh! (Agarrando nerviosamente el brazo á Mendoza.)

MEND. ¿Está allí? (Comprendiendo.)

MAT. Si.

MEND. ¡Eh! Cándido, no abra usted, no abra usted... (¿No ha saltado?((Á Matilde.)

MAT. No sé...

CAND. ¿Por qué no quieres?.... (Deteniéndose.)

MEND. Porque es preciso que salte. Y saltará. (Olvidándose y sacando un frasquito.)

SANAB. ¿Quién ha de saltar?

MEND. Este frasquito. (Señalando el frasquito.) En sintiendo la corriente del aire, adios virtud. (Acercándose á Cándido y luchando por abrirle.) ¿Tiene usted ahí una llave?

CAND. Si.

MEND. Pues traiga usted y retírese. (Se acerca al balcon.) Abriré un poco la madera. ¡Salta! (Dando con la llave.) ¡salta!... ¡Salta, animal! (Hace saltar el tapon.)

CAND. ¿Ha saltado?

MEND. Si. Ya puedes abrir cuando quieras.

CAND. ¿Cómo te sientes? (Abriendo la ventana.)

MAT. Mejor. (Mirando el balcon vacio.)

CAND. (Escuchando.) Callad...

MEND. ¿Qué es ello?

CAND. Nada... (Saliendo por la puerta del jardin.) Me quiero asegurar... Se me figura que suenan pasos en el jardin... (Sale.)

MAT. (Agarrándose para no caerse.) ¡Oh!

MEND. (Sesteniéndola) ¡Calma! ¡calma!

ROD. / SANAB. (Mirándose y riendo.) ¡Toma! ¡toma!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del anterior. Sobre el velador colocado en medio, recado de escribir y varios periódicos.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA, despues MENDOZA.

EMILIA. En el jardin no hay nadie... ni aqui tampoco... No parece sino que todos han salido... ¿Dónde estarán?... ¡Ah! Mendoza... (Al verle aparecer en el fondo.)

MEND. (Que entra muy preocupado.) Buenos dias.

EMILIA. ¿Pero no me mira usted?... ¡Qué cara tan descompuesta!...

MEND. Perdona, hija... he pasado una noche... (Mirando á todas partes.)

EMILIA. ¡Ah!... Pero si viene usted cubierto de yerbatos...

MEND. Lo creo... eso no es nada.

EMILIA. ¿Ha pasado usted la noche en el campo?

MEND. He estado de caza...

EMILIA. ¿De noche?... ¿y en qué clase de caza?

MEND. En la caza del cuclillo.

EMILIA. Yo no sabia que fuera una ave nocturna... ¿Y ha cogido usted muchos?

MEND. Ninguno... estoy desesperado... Despues de tantas horas de acecho... nada... ¿Dónde está papá? (Mirando á la derecha.)

EMILIA. No le he visto... Me han dicho que se volvió anoche.
MEND. ¿Y Federico?
EMILIA. Tampoco sé dónde para... ¿Pero qué es lo que tiene usted hoy?... Mira que te mira á todas partes... sin reparar en mí.
MEND. ¿Yo? (Protestando.) Y sin embargo no pienso mas que en usted... ¿Qué haria yo para ver á su papá de usted ahora mismo?
EMILIA. Si ya le he dicho que no sé... ¿Tanta prisa le corre á usted? ¿Qué tiene que decirle?
MEND. ¿Qué?...
EMILIA. Si... qué?
MEND. Que me conceda hoy mismo, señorita, la mano de usted...
EMILIA. ¿Mi mano?... Pero despues de lo que pasó ayer...
MEND. ¡Oh! es que despues han pasado muchas cosas.
EMILIA. ¿Y usted cree que el momento...
MEND. ¡No puede ser mas oportuno... mas delicioso!
EMILIA. ¿Y mi mamá?
MEND. Yo respondo de su mamá.
EMILIA. Es muy buena... ¡Ah! (Con gozo.) yo averiguaré en seguida dónde está papá.
MEND. Con tacto... que no conozca...
EMILIA. Descuide usted. Soy yo, créalo usted, muy pícara cuando quiero.
MEND. Si; me alegro... (Sonriendo.)
EMILIA. Pero yo no lo seré nunca con usted.
MEND. ¡Adorable criatura! Hasta luego, señora de Mendoza.
EMILIA. (Haciéndole una cortesia.) Hasta ahora, señor de Emilia. (Sale por la puerta del jardin.)
MEND. ¿Dónde podré encontrar nada mas encantador que esa candidez, que esa inocencia? Eres un ángel... (Siguiéndola con la vista.) y lo pareces. Emilia mia.—¡Ah! (Viendo á Matilde.)

ESCENA II.

MENDOZA, MATILDE.

MAT. ¡Ah, Mendoza!... (Saliendo inquieta y pálida de su alcoba.) ¿Está usted solo?
MEND. Si, señora...

MAT. ¡Mendoza!... (Dejándose caer en una silla con desesperacion.)

MEND. (Con cariño.) Pero, señora, ¿qué sucede para que asi se abata usted?

MAT. ¿Y mi marido?

MEND. No le he visto. Pues qué, ¿no ha vuelto á aparecer desde anoche?

MAT. Si... ha vuelto... ¡Oh! estoy como loca... no sé lo que me digo... ¡Qué noche, qué noche, Dios mio!

MEND. ¿Y qué ha pasado entre ustedes?

MAT. Nada... Es decir... Volvió á la una de la mañana... Yo, al sentirle subir, me acosté precipitadamente, vestida, en mi cama... Se asomó á mi alcoba... El corazon queria saltárseme del pecho... Me contempló un instante... Yo no veia sus ojos, y su mirada me llegaba al alma... Empezó á pasearse con agitacion y de repente abrió la ventana... se echó sobre ella, y mirando al jardin se ha pasado hasta el amanecer, en que volvió á marcharse. Desde entonces no he vuelto á verle... Deseo que venga... y tengo un miedo horrible de que se presente, á pesár de mi inocencia.

MEND. Valor, señora...

MAT. ¡Ah! no le tengo... no le puedo tener... Lo que yo he pensado esta noche... las ideas... las suposiciones!... ¡Qué cabeza!...

MEND. Yo la he pasado tambien toda ella escuchando... pero no he podido averiguar...

MAT. Una mujer como yo, dichosa... adorada... perder la felicidad por infundadas sospechas...

MEND. ¡Por Dios! Eso es ir demasiado lejos... Todo se explicará...

MAT. (Sin oirle.) ¿Pero quién le ha prevenido? ¿Quién se ha aprovechado de las apariencias para?... Sus amigos sin duda, ¿no es verdad?

MEND. Verdad es, señora... Sus amigos de la infancia.

MAT. ¡Miserables!... no era á él á quien debian haber advertido... sino á mí que no abrigaba el menor recelo...

MEND. ¡Oh! pero entonces no hubiera sucedido nada de esto.

MAT. ¿Pero qué es lo que han podido decirle? (Interrogando á Mendoza.) Y esta noche cuando me miraba diria... la infame... Y á mí no me ha ocurrido que podia sospechar... Y no me he levantado para gritar... ¡no es verdad!... ¡no es verdad!... ¿Y qué pensará de la conducta

de usted? De su enredo...

MEND. Que por evitar una catástrofe he inventado una farsa...

MAT. ¡Oh! entonces lo mejor es decírselo todo... (Con desesperacion.)

MEND. ¿Decirle qué?... (Conteniéndola.)

MAT. Si; no hay otro medio. Voy á contarle...

MEND. Señora... (Deteniéndola.)

MAT. Déjeme usted.

MEND. Acaso sea peor. No la creerá á usted...

MAT. ¿Que no me creerá? (Con espanto.)

MEND. ¿Y las pruebas?

MAT. ¡Las pruebas! (Deteniéndose súbitamente.) Cuando él sepa lo ocurrido... cuando él sepa que solo la infamia de ese hombre ha bastado para darle alientos...

MEND. Pero aunque Cándido se explique ese atrevimiento... los reptiles que han derramado en su corazon el veneno de la sospecha... que abusando de su debilidad, le arrastraron á ese viaje insensato, tratarán de aprovechar las apariencias...

MAT. Las apariencias...

MEND. Bastan para que la calumnia...

MAT. ¡Qué hacer entonces, Dios mio!

MEND. Esperar...

MAT. ¡Ah! ¡Dios mio! por qué en los primeros momentos no le dije yo... «Abre ese balcon; ahí hallarás al miserable á quien has recogido en tu casa.» Pero estaba tan aturdida... El miedo al escándalo nos ha enredado en estas mentiras... ¡Ah! ¡la verdad es siempre el mejor camino... el único!

MEND. ¡Oh! Federico... (Divisándole.)

MAT. ¡Él! No, quiero verle.

MEND. Pero urge que sepamos lo que ha pasado... Si ha visto á Cándido...

MAT. Escucharé desde allí. (Señalando la alcoba.)

MEND. Pero...

MAT. ¡Oh! déjeme usted. Me inspira horror ese hombre. (Entra en la alcoba.)

ESCENA III.

MENDOZA, FEDERICO, MATILDE oculta. Federico entrá mirando en derredor de sí y trae la mano derecha metida en el bolsillo.

MEND. (Adelantándose.) Gracias á Dios. Toda la noche buscándote.

FED. Y yo lo mismo.

MEND. ¿Te ha visto?

FED. No sé nada; pero creo que no... Acababa de saltar, obedeciendo á tu amable invitacion, desde veinte pies de altura, cuando al levantar la cabeza me veo á Cándido que se asoma. Afortuna... digo, desgraciadamente, porque mira... (Le enseña la mano.) yo habia quedado tendido en el suelo y oculto entre las dálias... Me metí como pude en unos haces de sarmientos que habia allí cerca. Siento en seguida bajar á Candido, recorrer el jardin... mirar á todas partes... y cuando por fin volví á observar que se retiraba, salí de mi escondite... salté las tapias, y por la puerta del corral me colé de nuevo en la casa y en mi cuarto, donde he pasado la noche como te puedes imaginar.

MEND. Si, pero un poco mejor de lo que merecias... Es decir, que no tiene mas que sospechas. Vamos, todo va bien.

FED. Menos mi mano... Creo que me la he dislocado.

MEND. ¡Dislocado! Lástima que no te quedara un recuerdo... Pero no será nada... Veamos.

FED. No puedo moverla con libertad...

MEND. Demasiadas te tomas tú. (Haciéndole jugar la muñeca.)

FED. (Dando un grito.) ¡Oh!... qué daño me haces... ¡Suelta! (Sufriendo ridículamente, vá á sentarse en una butaca.)

MEND. ¡Bribon! Eso vale poco.

FED. ¿Durará mucho?...

MEND. Unos cuantos dias. No tienes lo que mereces.

FED. Gracias.

MEND. Pero con las sospechas, le bastará mirar tu mano para comprender...

FED. ¡Oh! yo me aguantaré para que no observe... aunque tuviera que batirme con él... Pero lo mas grave es...

MEND. ¿Todavia hay algo?...

FED. Que al saltar, caí sobre la maceta de claveles colocada

debajo del balcon... y ademas, el jardinero, que estaba en acecho de ese maldito zorro, me vió caer.

MAT. ¡No hay remedio!... (Saliendo de su alcoba sin valor ni fuerzas.)

FED. ¡Ella!

MEND. (Procurando tranquilizarla.) Todavia veremos... Yo estoy aqui.

MAT. ¿Qué vá á suceder ahora?

MEND. ¡Chit! Emilia.

ESCENA IV.

DICHOS, EMILIA.

EMILIA. (Abrazándola.) Buenos dias, mamá. ¡Qué ganas tenia de verte!—¿No preguntaba usted por mi papá? (Á Mendoza.) Aqui viene. (Movimiento general.) ¡Trabajo me ha costado encontrarle! Paseándose solo en el invernáculo... ¡Y qué mal humor tiene! Por mas caricias que le he hecho...

MAT. (Á Mendoza.) Yo me voy.

MEND. ¡No se mueva usted! ¿Qué pensaria? Ni tú tampoco. (Á Federico.)

FED. ¿Tú crees?...

MEND. Si.—¿Conque le ha parecido á usted?... (Á Emilia.)

EMILIA. (Bajo.) Que no ha podido usted elegir peor momento para pedirle mi mano.

MEND. Excelente.

EMILIA. Yo no me quedo. (Váse corriendo. Federico se dirige al balcon y se pone á mirar hácia fuera. Matilde se acerca al velador. Cándido aparece por el fondo con un periódico en la mano.)

ESCENA V.

MENDOZA, MATILDE, FEDERICO, CÁNDIDO.

MEND. (Como siguiendo una conversacion.) ¿Pero de veras le gusta á usted mas Verdi?

MAT. Si... si...

MEND. (Volviéndose.) ¡Calla! ¿usted tan temprano?

CAND. Buenos dias... (Con aire preocupado.) ¿Qué tal?

MEND. ¡Bien! Discutiendo como siempre. (Á Matilde.) Oculta lo que sufre. Desconfie usted.

MAT. (¡Qué pálido está!)

CAND. ¿Y tú, Matilde? (Acercándose y mirándola.) Te abandoné anoche tan bruscamente.. pero cuando volví dormias de un modo... que no te quise despertar... Yo no he cerrado los ojos en toda la noche... He tenido una jaqueca. Mendoza, ¿usted cura la jaqueca?...

MEND. Como médico, estoy obligado á decir que si...

CAND. Eso no es responder. Á mí me gusta la franqueza. Esa franquéza con que este periódico cuenta... (Le pone sobre el velador.)

MAT. (Bajo á Mendoza.) ¡Ah! me aterra su calma.

MEND. (Bajo.) Ha preparado algun lazo infernal.

CAND. ¡Calla! ¿Estás ahí tú? (Reparando en Federico.)

FED. Si...

CAND. ¿Qué tal has pasado la noche? ¡Estás ya mejor!

FED. ¡Mejor!... si... un poco...

CAND. Llamé esta mañana á la puerta de tu cuarto, y dormias bien tranquilamente.

FED. No lo oí... Sin duda...

CAND. ¿Qué es lo que tienes en esa mano? ¿Una herida?.. ¿Alguna dislocacion? (Movimiento de Mendoza y Matilde. Se miran.)

FED. ¡Yo! nada...

CAND. Como la tienes de un modo... Creia...

FED. Afortunadamente... (Mostrando su mano con afectacion.) Como puedes ver...

CAND. Á propósito de tu mano... Necesito que me pongas en un papel las señas de tu casa en Madrid y tu nombre.

FED. ¿Mis señas? Bien, cuando quieras.

CAND. Ahora mismo. Ahí encima tienes papel y pluma. Con esa letra gallarda...

FED. Pero tú ya sabes dónde vivo...

CAND. No son para mí. Me las han pedido...

FED. ¿Quién?

CAND. ¡Hombre! ya te lo diré.

FED. ¡Qué idea!

MEND. Vamos, escribe. ¿Creo que no querrás hacer un misterio de tus señas?

FED. No.—Si sabes que no puedo. (Bajo.)

MEND. Escribe, bribon. (Id.) Cueste lo que cueste.

FED. (Sentándose.) ¿Dónde está el tintero?

CAND. (Sentándose enfrente.) ¿No le ves? Con todos tus nombres

y apellidos.

MEND. Aqui tienes una pluma nueva.—(Bajo.) Aguanta, tunante.

CAND. (Á Matilde, que se ha lavantado.) ¿Le quieres ver escribir?

MAT. No creo que sea una cosa curiosa. (Procurando sonreir.)

CAND. (Levantándose.) Si... mira... verás con qué soltura... ¿No has visto tú nunca su letra?

FED. (Escribiendo.) «Federico Gutierrez.» (Bajo á Mendoza.) ¡Oh! esto es atroz.

MEND. (Apretándole la otra mano.) Anda, pícaro...

CAND. La calle...

FED. (Volviendo á escribir.) «Calle del Desengaño.» (Enjugándose la frente.) ¡Qué calor hace!

CAND. ¡Perezoso! ¿Pues no suda para escribir su nombre? ¡Ese maldito balcon siempre cerrado!—Bien, la calle... Ahora el número.

FED. (Á Mendoza.) No puedo mas.

MEND. ¡Valor! ¿No le tuviste para saltar?

FED. (Con resolucion.) ¡Acabemos!

MEND. Huele. (Aplicándole un frasquito á la nariz, sin que Cándido lo vea.) No te desmayes.

CAND. (Recogiendo el papel.) Gracias. (Mirando.) La letra está un poco temblona. (Á Matilde.) Mira.

MAT. Si, un poco temblona. (Á punto de caer.)

CAND. Pero, en fin, es todo lo que necesitaba. (Guarda el papel y avanza un poco al fondo.)

FED. ¡Qué dolores! ¡que dolores! (Á Mendoza.)

MEND. ¡Calla! Mudemos de conversacion. (Cogiendo el periódico de Cándido,) ¡Calla! Está usted suscrito al mismo periódico que yo. Qué folletin mas insípido trae ahora.

CAND. ¿Usted le ha leido?

MEND. No; mi criado es quien me ha dicho...

CAND. Pues su criado de usted no sabe lo que se pesca. Es cabalmente una novela mas dramática... Hay un marido...

MEND. ¡Hum! (Tosiendo.)

CAND. Un marido engañado por su mujer..,

MEND, (¡Malo!... ¡Esto empeora!)

CAND. Un marido que se mata de desesperacion. Es una novela que parece una historia. (Silencio general.)

MEND. Pues perdóneme el autor; pero su héroe toma las cosas bien trágicamente.

CAND. ¿Y cómo quiere usted que las tome? ¿Á risa?... ¡Ah! si

usted estuviese easado y hubiese sentido el infierno de los celos alguna vez, comprenderia hasta qué punto enloquece y ciega la menor sospecha... Entre morir en un segundo de un pistoletazo... y una agonia que dura toda la vida... no es difícil escoger.

MAT. ¿Qué dice? (Levantándose con estupor.)

CAND. Se muere, dejando á su mismo crímen el cuidado de castigarlos. (Como á sí mismos.)

MAT. ¡Su muerte! ¿Qué habla de morir?... (Mendoza la detiene.)

CAND. ¿Qué deciais?

MEND. Dice... dice que no tiene nada que decir. (Con ligereza.)

CAND. ¡Diablo! (Dándole un periódico.) Lee, Matilde... verás si no piensas como yo.

FED. (¡Oh! yo no puedo parar aqui... Me voy...)

CAND. ¿Qué es esto? ¿Te vas?

FED. Si; pienso ir á Madrid... Si tienes algun encargo.

CAND. Te vas ahora...

FED. Quisiera... He recibido una carta...

CAND. ¿Volverás esta tarde?

FED. Probablemente. (Dá algunos pasos.)

CAND. No; con seguridad... Tengo que decirte una cosa.

FED. Bueno. Entonces volveré. ¿Te quedas, Mendoza? Señora... (Saluda.)

CAND. ¡Hombre! ¿no me das la mano?

FED. Si.

CAND. ¡Buen viaje! (Estrechándole la mano derecha sin mirarle.)

FED. Gracias. (Reprimiendo su dolor.) Sostenme, que me caigo. (Á Mendoza.)

MEND. ¡Valor! ¡Tunante! (Sosteniéndole se le lleva.)

ESCENA V.

CANDIDO, MATILDE.

Matilde dá un paso retirándose de Cándido con inquietud. Este saca el escrito de Federico y le contempla.

MAT. ¿No tienes nada que decirme?...

CAND. No. ¡Ah! si... (Con naturalidad.) mira si han llegado mis cartas... (Viéndolas en el velador.) ¡Ah! estan aqui.

MAT. ¿Qué es lo que piensa?... Esa sangre fria... Si yo me atreviera...) (Ademan de hablarle.) ¡Cándido!... (Los ami-

gos aparecen en el foro.) (¡Malditos!...)

CAND. ¿Qué?...

MAT. Nada... nada... (Se retira por la puerta del jardin, sin perder de vista á Cándido.)

ESCENA VII.

CÁNDIDO, SANABRIA, RODRIGUEZ, DOÑA EUFEMIA, JULIAN.

Rodriguez entra el primero, y al ver á Cándido hace señal á los demas de que pasen. Luego se acerca y estrecha á Cándido la mano con aire condolido. Cándido, ocupado con sus cartas, contesta sin mirar. Sanabria hace lo mismo. Doña Eufemia repite el juego, y despues Julian. Todos le rodean con sentimiento.

EUF. ¡Ah! Señor don Cándido .. (Suspirando. Silencio. Todos le miran con melancolia.)

CAND. ¿Cómo han pasado ustedes la noche? (Los amigos se admiran de su tranquilidad.)

ROD. ¿La noche?

CAND. Si...

SANAB. Asi, asi... ¿Y tú?

CAND. ¿Yo? no he cerrado los ojos...

EUF. Naturalmente. (Con tristeza.)

CAND. No sé qué quiere usted decir...

ROD. Esta quiere decir que despues de una noche semejante... (Mueven la cabeza con intencion.)

CAND. (Tranquilamente.) Hay necesidad de dormir, ¿no es verdad?... Si, tengo la cabeza pesada... ¿Me permitis que escriba una carta? (Se sienta al velador y escribe. Los amigos vuelven á mirarse unos á otros con asombro.)

JULIAN. (Á Rodriguez y Sanabria á media voz.) ¿Pero en qué ha quedado lo de su mujer? Es cierto que...

ROD. Es una cosa inconcebible... (Estupefacto.)

SANAB. Pero esa sangre fria...

EUF. (Desolada.) ¡Si parece que no ha pasado nada!

ROD. Ella le habrá hecho creer...

EUF. Estos maridos son tan bárbaros... (Á Rodriguez.)

SANAB. ¿Por quién lo dice usted?

JULIAN. Y yo que queria que hubiese dudado...

ROD. ¡Eso es indigno!...

EUF. ¡Infame! Yo no puedo continuar en una casa... El pu-

dor me lo impide.

SANAB. Ni yo puedo mirar con calma unas cosas...

EUF. Que le recuerdan á usted...

ROD. Esto nos enseñará á no prestar servicios á nuestros amigos.

EUF. Abra usted los ojos.

SANAB. Los amigos son siempre los que pagan...

TODOS. ¡Siempre!

SANAB. ¡Ah! ¡dichosos los egoistas!... Es lo que yo digo muchas veces. Quisiera ser egoista.

ESCENA VIII.

DICHOS, JUANA.

JUANA. Señor... señor... (Acercándose.) el jardinero no parece por ninguna parte.

CAND. ¡Esto mas! ¡Imposible!

JUANA. No se le encuentra. La maceta de claveles se ha encontrado hecha pedazos en un rincon.

CAND. ¿La que estaba debajo? Quiero verla. (Sale precipidamente con Juana.)

ESCENA IX.

DICHOS, menos CÁNDIDO.

SANAB. Pero, señores, ¿qué es lo que pasa?

JULIAN. ¡Cómo corre! (Despues de haberle seguido. Todos se acercan á mirar y vuelven en seguida.)

EUF. Yo creo que aqui vá á suceder algo espantoso... Tengo yo un olfato...

SANAB. Señores, nuestro deber es no mezclarnos... Bastante nos hemos mezclado... ¿Quién sabe? La justicia vendrá luego... y nos veriamos envueltos en un proceso.

ROD. ¿De veras? ¿Usted cree?

EUF. ¿No te acuerdas de aquel amigo?...

SANAB. Nosotros ya hemos cumplido. Desde este instante no hemos visto nada, ni sabemos nada.

ROD. ¿Y qué hacemos?

EUF. Tomar el tole antes que sea tarde.

SANAB. Antes que tengamos que ser llamados como testigos.

TODOS. Si, si, es lo mejor. (Todos se alejan pisando de puntillas. Juego muy cómico.)

JULIAN. ¡Diablo! yo me quedo... (Deteniéndose.) Á mí me gustan los tribunales.

ESCENA X.

JULIAN, MATILDE.

MAT. (Con inquietud.) ¡Caballero!...

JULIAN. ¡Señora!...

MAT. ¿Y mi marido?

JULIAN. Acaba de salir con la criada. (Federico aparece á la puerta de la izquierda con el paletó al brazo y el sombrero en la mano, y se para escuchando.)

MAT. ¿Ha oido usted qué le ha dicho?

JULIAN. Le ha hablado de una maceta rota.

FED. ¡Ah! me lo estaba temiendo...

JULIAN. Señora, yo tambien me voy... (Váse por el fondo.)

MAT. ¡Pero, Dios mio! ¿qué es lo que sucede?

FED. (Marcharme ahora, seria... Me quedo.)

ESCENA XI.

MATILDE, FEDERICO.

MAT. (Reparando en Federico.) (¡Oh! todavia aqui ese hombre... Su presencia me renueva su ultraje...) (Se dirige á su cuarto.)

FED. (Con un arranque de arrepentimiento.) ¡Señora, soy un malvado!... ¡Comprendo el horror que la inspiro!... (Al ver que Matilde entra en su cuarto y no le escucha.) ¡Oh! yo debo confesarlo todo... ¡No puedo soportar su dolor!... (Al ver á Cándido, que entra en el mayor desórden, sin reparar en él.) ¡Ah! si yo le dijera... (Vacilando.) No me atrevo... Tengo miedo... ¡Soy un miserable! (Cándido busca una cosa de su mesa con avidez; no la encuentra y se dirige al gabinete de la derecha.)

MAT. ¡Señor! ¿qué es lo que busca? (Asomándose á la puerta de su cuarto.)

ESCENA XII.

DICHOS, MENDOZA, que entra con el jardinero.

MEND. (Con inquietud.) ¿Y Cándido, dónde está?
MAT. Acaba de entrar... (Señalando á la derecha.) Pero, ¿qué ocurre?
MEND. ¡Chist! ¡Silencio! mucho silencio... ¡Está dormido!... (Coge al jardinero de la mano, y entra con él en el gabinete.)
MAT. ¿Pero qué misterio es este?... ¡El jardinero!...
FED. (Mirando.) Ya salen... Sacan á Cándido entre los dos.
MAT. (Acercándose.) Pero... ¿qué significa?...
FED. Ya estan ahí. (Mendoza y el Jardinero sacan á Cándido en medio, el primero le habla con mucho calor y Cándido le mira con asombro.)
MEND. ¡Chist! (Al salir se vuelve á Matilde. Federico, que ha entrado en el gabinete, sale rápidamente y sin poderse contener.)
FED. ¡Ah! ¡se ha llevado sus pistolas!
MAT. ¡Oh! (Dando un grito.) ¡Se vá á matar!... (Dirigiéndose al balcon.) ¡Yo corro á echarme en sus brazos!... ¡Cándido! (Con grandes esfuerzos.) ¡Esposo mio!... (Agarrándase al quicio de la puerta.) ¡No puedo!... (Se oye una detonacion un poco lejos.) ¡Oh! (Dando un grito ahogado, y dejándose caer en una silla.)

ESCENA XIII.

DICHOS, SANABRIA, RODRIGUEZ, DOÑA EUFEMIA, JULIAN y los criados, que aparecen por todas partes.

SANAB. / ROD. } Señora... ¡Ese tiro!...
EUF. ¡Ah! ¡pobre señora!... (Recogiendo á Matilde.)
ROD. ¡Caballero!... ¡hable usted!,.. (Á Federico.)
FED. ¡Ha muerto!...
TODOS. ¡Muerto!...
MEND. ¡Ha muerto! (En el fondo con grandes risas de Cándido y del Jardinero.)

ESCENA XIV.

DICHOS, CÁNDIDO, JOSÉ, MENDOZA.

CAND. ¡Victoria! ¡ha muerto! (Con aire triunfal.)
TODOS. ¡Quién!
MEND. ¡Valor! todo ha concluido. (Á Matilde.)
CAND. Dónde está mi Matilde. (Abrazándola.) ¡Ah! qué susto te he hecho pasar.
ROD. ¡Pero nos quieres explicar!...
CAND. ¡Paciencia! ¡un poquito de paciencia! Bastante he tenido yo, amigos mios. Anoche cuando me asomé al balcon, me pareció ver un bulto en el jardin... Bajo, lo registro todo y no encuentro nada... pero en el estado en que vuestra amistad me habia puesto no me quedé tranquilo... De sospecha en sospecha he ido llegando hasta el absurdo... Hace un instante me hallaba á punto de hacer una barbaridad... pero figuraos mi asombro cuando veo entrar á mi amigo Mendoza que exclama: «venga usted corriendo al jardin... pronto... pronto...» Le sigo y al encontrarnos allí me dice: «Voy á acabar de contarle á usted la fábula del raton.»
SANAB. ¡La fábula del raton! (Con asombro.)
ROD. Y bien, ¿qué tiene eso que ver?
CAND. ¡Calma! ¡Calma! «El raton, me dijo, entregó las llaves de su corazon y de su despensa á sus amigos. Entre los amigos que mas frecuentaban su casa, habia un perro de presa egoista... (Mira á Sanabria.)
SANAB. ¡Un perro!...
CAND. Un buitre consumido por la envidia... (Mira á Rodriguez.)
ROD. ¡Un buitre!...
CAND. Y una hiena... (Mira á Doña Eufemia)
EUF. ¿Tambien habia señoras?...
CAND. Señoras... hienas...
EUF. La tertulia no era grande...
CAND. No; habia ademas un zorro que era el preferido... el amigo de confianza. (Mira á Federico.) Los amigos, añadió Mendoza, ya sabeis que es Mendoza quien habla, no pudiendo soportar las riquezas del raton, á quien habian conocido pobre, se dedicaron á envenenar su

MEND. Le falta memoria, pero le sobra voluntad.
CAND. ¡Adios! ¡adios, amigos mios! (Con sarcasmo.)

ESCENA XV.

MENDOZA, CÁNDIDO, EMILIA, MATILDE.

CAND. ¡Qué importa que se vayan todos, si se queda usted con nosotros!
MEND. Y por algun tiempo, segun creo.
CAND. (Adivinando.) ¿De veras?
MEND. Tengo que pedir á usted una cosa, y que darle otra.
CAND. ¿La primera?...
MEND. La mano de Emilia.
CAND. ¡Oh! ¡concedida! ¿La segunda?...
MEND. Un consejo. (Reuniéndolos á todos.) La cuestion de amigos no es de número, sino de calidad. Basta con uno, como ese sea verdadero. (Todos le abrazan con efusion.)

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 24 de Enero de 1861.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DRAMATICAS DEL MISMO AUTOR.

Los pobres de Madrid.
Una mujer de historia.
Un sobrino (zarzuela).
Madrid en 1818.
El camino de presidio.
Culpa y castigo.
Por ser ella sin ser ella.
Los fugitivos de la India.
Dos mirlos blancos.
Soberbia y humildad.
Una heroina de Capellanes.
Los molinos de viento.
Los lazos del vicio.
Frutos amargos.
Los amigos...